

CAPITULO PRIMERO

ORIGEN DE LAS JORNADAS INSURRECCIONALES

El complejo de causas.—Todo hecho social conflictivo es la resultante de una agudización de los varios factores que lo determinan. Las principales causas de un suceso histórico emergen del medio en el cual se produce. Esas causas adquieren entidad a través de la actuación de los grupos humanos que se movilizan en el desencadenamiento de los hechos sucedidos, y por ello es inevitable precisar la situación económica, política y social inmediata, de aquellos grupos.

Las jornadas insurreccionales de Mayo de 1958 no podían escapar, en cuanto a su origen, a la ley de la pluralidad de sus factores sociales concurrentes, los cuales deben ser analizados en forma detenida, para alcanzar una interpretación adecuada del movimiento mencionado.

La crisis de la educación panameña.—La obra de gobierno de la Oligarquía istmeña tenía que adquirir, cada vez más, la característica del fracaso, entre otras razones por la progresiva acumulación de problemas que esa acción gubernativa no ha sabido ni ha querido afrontar, alcanzando así la categoría de una obra de gobierno inepta. De ahí que la denominada crisis de la educación panameña, agravada en los dos últimos lustros, no es más que uno de los aspectos de la ineficacia gubernamental de la Oligarquía. La cuestión educativa se presenta, en su forma material, como una incapacidad del Estado para darle escuelas a la población escolar; para mantener el número suficiente de maestros y profesores en las escuelas que existen; para dotarlas de equipos, instrumentos y aceptables condiciones de funcionamiento, etc. Desde el punto de vista cultural, la escuela panameña se destaca por la anarquía pedagógica que sienta sus reales en ella, y por la ausencia de una orientación cónsona con las necesidades de un programa de superación nacional.

El elemento humano que directamente recibe los efectos de la crisis educativa es el estudiantado primario y secundario, que en su fracción de educandos secundarios constituye un grupo susceptible de reaccionar, por motivos muy explicables, en contra de la situación precaria que lo mantiene, dentro o fuera de las aulas, como víctima de los problemas apuntados. Hé aquí la causa inmediata de las jornadas estudiantiles de Mayo de 1958, en las que se empaparon de sangre joven las calles de las principales ciudades de la República.

Las masas y la consigna de "pan y libertad".—En la sociedad panameña, la clase económicamente desvalida de las ciudades de Panamá y Colón integra un grupo asalariado que a la presión de sus grandes problemas sociales pone en marcha emotivamente, sin mayor conciencia, y de tarde en tarde, sus ímpetus de protesta pública, a través del cauce de determinadas coyunturas espontáneas. Después del auge económico estimulado por la Segunda Guerra Mundial, la situación de miseria de las masas urbanas de la Zona de Tránsito (dominada en sus extremos por aquellas dos ciudades) se ha venido complicando más y más, al punto de que la Oligarquía se sintió constreñida, en la última campaña electoral de 1956, a emplear demagógicamente consignas políticas de apariencias populares, como la de "pan y libertad", en que sintetizó sus promesas eleccionarias el actual Presidente, Ernesto de la Guardia Jr. Pero aún no vencido el primer bienio de su término presidencial, el Gobierno de la Guardia había perdido ante la masa toda posibilidad de diferenciarse de las anteriores administraciones oligárquicas, debido a su falta de acción frente a los problemas que postran a los asalariados.

En este ambiente general de desilusión sorda y contenida, cualquier conflicto social hallaría repercusiones desusadas, al ofrecer ocasión propicia a la polarización del pesado malestar colectivo. Lo cual explica que las jornadas estudiantiles de Mayo se convirtieran en una suerte de insurrección espontánea, en la que coadyuvaron los estratos más bajos del asalariado, expresando su descontento frente a un gobierno incapaz de llevar a la realidad, efectivamente, alguna medida de mejoramiento popular.

Psicología adolescente y anti-oligárquica del estudiantado secundario.—El estudiante secundario, individualmente considerado, es el adolescente angustiado y rebelde, que está presto a lanzarse al ruedo de la sociedad, abroquelado en una misión vindicativa y revolucionaria que él mismo se impone. El aglutinamiento masivo de adolescentes que permite la educación secundaria pública; y cierta tradición de lucha del movimiento estudiantil panameño, elevaron el potencial de rebeldía de los alumnos del Instituto Nacional, quienes contagiaron a sus compañeros del Artes y Oficios, del Liceo de Señoritas, etc. Ese alto potencial de rebeldía adolescente llevó a los estudiantes secundarios, en Mayo de 1958, a una actitud suicida y temeraria, ante una Guardia Nacional armada, a la que sólo podían atacar con piedras y palos.

La mayor parte del estudiantado secundario de Panamá y Colón que asiste a las escuelas públicas, o sea del Estado, se recluta en la clase trabajadora, en la clase pobre, y una fracción más reducida es de clase media. Pero la condición de hijos de familia de los estudiantes que pertenecen a la clase media, su falta de intereses económicos creados, y sus mismos impulsos psicológicos, les colocan en la trayectoria de aquella mayoría. La enseñanza que recibe el estudiante le va suministrando razones que alimentan su intuición política, en cuanto a que la miseria sufrida por su familia y por las familias de sus compañeros es la resultante de la dominación de la Oligarquía. A ello se agrega la circunstancia de que el estudiantado secundario comprende que al Gobierno cabe una gran responsabilidad en la agravación e insolución de los problemas educativos. De este modo, la animadversión intuitiva hacia la Oligarquía se centraliza en el Gobierno, dándole un objetivo más definido a la rebeldía política estudiantil. A este propósito conviene, recordar que la Asociación de Estudiantes del Instituto Nacional, por conducto de dos de sus dirigentes, hizo pública su posición netamente anti-oligárquica, en breve manifiesto que vio la luz en el periódico "El Día", de 6 de Enero de 1958. En ese documento, los estudiantes se referían al "estado negativo en que se encuentran nuestras instituciones estatales"; enjuiciaban con saldo pasivo, la acción de los órganos pú-

blicos; encontraban al pueblo "postrado por culpa de la demagogia", y concluían afirmando que "la cura se necesita desde hace muchos años y llegará".

La rebeldía adolescente del estudiantado, nutrida por lecturas políticas de revolucionario tinte; el afán de emulación respecto de gestas pasadas del movimiento estudiantil; y la intuición política anti-oligárquica bastante desarrollada, predisponían al estudiante secundario a una acción decidida en contra de las autoridades educativas, primero, e inmediatamente después, en contra del Gobierno que respaldaba a esas autoridades. Desde luego que el estado general de ánimo que se deja explicado penetraba con gran fuerza y con cierto grado de conciencia las directivas estudiantiles; pero lo que podría denominarse masa mayoritaria del estudiantado, también participó, aunque más por intuición y contagio psicológico, de esa situación anímica, en los días sangrientos de Mayo.

Es oportuno recordar aquí el carácter anti-oligárquico de las primeras huelgas universitarias (1942-1943), que tuvieron nacimiento, sobre todo la de 1943, como protesta por medidas arbitrarias del Gobierno. Una vez concedida a la Universidad su autonomía administrativa y académica, terminaron las huelgas universitarias en razón de los problemas estrictamente universitarios, pese a que esos problemas existen y son graves (profesorado deficiente, administración caótica, estudiantado mediocre, etc.). Pero como continuaron las huelgas de estudiantes secundarios contra el Ministerio de Educación, la masa universitaria se ha visto constantemente impelida a decretar huelgas en apoyo del estudiantado secundario. Todo lo cual demuestra el carácter clasista del movimiento estudiantil panameño, que toma causa directa para sus manifestaciones en la situación caótica de la educación pública, y que tiene una profunda motivación anti-oligárquica.

Para que no se olvide la importancia capital del fenómeno de la división de clases sociales, en el inventario de causas a que se contrasta este capítulo, es necesario contrastar la actitud y la militancia políticas de los estudiantes de escuelas secundarias públicas, con la indiferencia y la pasividad de los estudiantes secundarios de escuelas privadas, religiosas o no, que son estudiantes pertenecien-

contra

por

CAPITULO SEGUNDO

UN ABORTO DE INSURRECCION ESPONTANEA

Las manifestaciones iniciales.—La Directiva de los **estudiantes institutores**, que ha sido la vanguardia de la llamada **Unión de Estudiantes Secundarios**, abrigó desde fines del año pasado, el **propósito** íntimo de desencadenar una acción de protesta estudiantil, en escala nacional, para que el Gobierno se viera obligado a prestarle mayor atención inmediatamente a los aspectos salientes de la crisis educativa. Mas esa finalidad calculada de los **estudiantes institutores**, se alimentaba con factores inconscientes que la enardecían peligrosamente hacia el descontrol. Los efectos deplorables del problema educativo sobre los **estudiantes**; el descrédito del Gobierno de turno ante el pueblo; la exaltación adolescente y el intuitivo rencor político anti-oligárquico de la masa estudiantil, elevaban la temperatura de ebullición en que la misma Directiva institutora, sin advertirlo mucho, anunciaba desde Enero de 1958, que se llegaría a la acción en el mes de Mayo.

Efectivamente, esa Directiva preparó una gran manifestación de diez mil **estudiantes**, para plantearle al **Presidente** de la República múltiples situaciones desastrosas de la educación nacional. Para el viernes 16 de Mayo, el **Presidente** había planeado un viaje al interior, que tomó como pretexto para estar ausente y no recibir la manifestación, que bajo la lluvia de esa tarde, no pudo aglutinar el grueso de la población escolar secundaria de la ciudad de Panamá, disolviéndose en un mitin algo ruidoso en el Parque de Santa Ana. En esa manifestación se produjo un hecho sintomático de la actitud anti-oligárquica, de mofa irreverente, en que se hallaban los **estudiantes**; portaban un sillón vacío, con el nombre del **Presidente** atrás, y un casco militar suspendido sobre el sillón, simbolizando la sumisión de la Presidencia de la República ante los mandatos de la

Guardia Nacional, estado de cosas notorio desde hace tres lustros a esta parte, con sus altos y sus bajos, y que constituye el más difícil problema de la política panameña actual.

Los estudiantes secundarios anunciaron que el Lunes 19 de Mayo, en las primeras horas de la mañana, irían nuevamente en manifestación a la Presidencia. En los diarios de esa mañana, el Presidente comunicó que no recibiría la manifestación, porque ésta entorpecía las clases y las labores normales de la Presidencia, y que estaba dispuesto a conversar con una delegación que se presentara al mediodía. La negativa presidencial tuvo el efecto de estimular el desafío, el reto, en los estudiantes, quienes dispusieron suspender clases y dirigirse desde el Parque de Lesseps hacia la Presidencia. Diez mil estudiantes desfilaron compacta e impresionantemente por la Avenida Central, a las ocho de la mañana.

Reacción del Gobierno.—En las calles de acceso a la Presidencia, y frente al Parque Catedral, la Guardia había establecido líneas de soldados que interceptaban el paso de los estudiantes. Mas el impulso de los fuertes grupos que llegaban a la Catedral, obligó a las vanguardias estudiantiles a rebasar por varios lados las filas de guardias, lo que produjo los primeros forcejeos. Los estudiantes, por su número, resultaban incontenibles, y pronto llegó la cabeza del desfile a la entrada del Palacio de las Garzas, encontrándose con las verjas de hierro cerradas. La confusión, los gritos de protesta, los choques de cuerpo a cuerpo entre guardias y estudiantes, todavía no alteraron la actitud negativa del Presidente, que insistió en ella, sin medir la gravedad del momento; y cuando las máximas autoridades que rodeaban al Presidente se percataron de esa gravedad, se dispuso recibir al estudiantado, pero en ese mismo momento tardío, estallaron las primeras bombas lacrimógenas, lanzadas por guardias que acababan de recibir la orden de disolver la manifestación. Los Jefes de la Guardia Presidencial pidieron refuerzos al Cuartel Central; y cuando éstos llegaron, ya los estudiantes habían destruído el automóvil oficial del Ministro de Educación, Ingeniero Víctor N. Juliao, y la reyerta a piedras, de parte de los estudiantes, y de bombas lacrimógenas, de parte de la Guardia, se generalizó por los alrededores del Parque Catedral y de la Presidencia. En la calle 6a., recibió un fuerte golpe en el pecho,

que le destrozó el corazón (posiblemente una bomba lacrimógena o un culatazo), el estudiante del Artes y Oficios, José Manuel Araúz, de 16 años de edad. Eran las nueve de la mañana; y se recogía exánime el cuerpo de la primera vida inmolada en el altar de sacrificios del movimiento estudiantil panameño, ante la consternación de un pueblo que no ha encontrado aún ni las vías, ni los hombres, que lo lleven a la superación íntegra de su miseria física, económica y social.

Furor y destrucciones.—Al ataque de la Guardia Nacional, los estudiantes se desbandaron en dirección a Santa Ana y al Instituto Nacional. Como reacción psicológica explicable por la violencia con que se les había repelido, cundió en los grupos estudiantiles el furor de impotencia que generalmente se manifiesta en la destrucción y en la pedrea. Fueron rotas numerosas vidrieras del comercio de la Avenida Central; y cuando los grupos se hicieron compactos en las áreas vecinas del Instituto Nacional, se desató una ola incontenible de destrozos de todos los automóviles que se hallaban estacionados en la calle del frente, en las laterales y en las adyacentes. No quedó un solo automóvil con vidrios buenos y muchos fueron averiados. Ya indicaba el reloj las 10:30 de la mañana. Desde Santa Ana hizo su aparición la Guardia del Tránsito con la Caballería; en las calles "I" y "H", los estudiantes respondían a las bombas con lluvias de piedras, que en ocasiones hacían echar pié atrás a los soldados. Los espectadores de esta lucha se enardecían contra la Guardia Nacional, que atropellaba a "los muchachos"; y unidades del pueblo se aliaron a los estudiantes, quienes formaron barricadas de automóviles para impedir que los soldados llegaran al Cuartel Máximo: el Instituto Nacional.

Varios profesores del Instituto lograron una tregua. La Guardia regresó a su Cuartel. Pero como al poco tiempo recrudeció el volcamiento de automóviles, a los que se prendía fuego, la Guardia motorizada y la Caballería estuvieron rápidamente en el lugar de los hechos; y a más del estampido de las bombas lacrimógenas se distinguían bstantes disparos de fusil. A las dos de la tarde, los estudiantes se habían replegado totalmente intramuros del Instituto, y la Guardia vigilaba desde las cercanías del Plantel. Ter-

minaban, así, las hostilidades del primer día de choques, con un estudiante muerto, y varios heridos de parte y parte, mas ninguno con bala.

Intervienen los universitarios.—Pasadas las horas de confusión de la mañana, los dirigentes universitarios se apresuraron a adoptar una actitud pública de agitación, mediante un llamado al pueblo, desde varias emisoras locales. Exigieron la separación del Ministro Julio y de los tres Comandantes de la Guardia Nacional, resucitando la vieja consigna anti-militarista de 1949, y apelando abiertamente a la ciudadanía, a los padres de familia, a las mujeres, a los obreros, etc., a quienes se instaba para que se lanzaran a la acción en contra del militarismo. Esta rebeldía verbalista de cuño demagógico, no midió la envergadura de la consigna que el 19 de Mayo se daba a la efervescencia estudiantil. Ese carácter demagógico se reflejaba en la posición de los dirigentes universitarios que nada hacían en el campo de la práctica, limitándose a formular enardecidas arengas por la radio, para que el pueblo actuara. Ese carácter demagógico se hizo patente en la Asamblea General Universitaria de la noche del 19 de mayo, a la que los furibundos dirigentes de la tarde nada concreto habían llevado, como orientación para el movimiento ya en marcha. Improvisadamente, alguien puso a circular una proposición de repudio al Gobierno, al Ministro de Educación y a los Comandantes de la Guardia, la que fue aprobada en el mismo clima de palabras encendidas y de poses de falso revolucionarismo.

Con un sentido más realista y menos calculador frente a las circunstancias de violencia que había cobrado la protesta del estudiantado, un estudiante secundario propuso a la cámara húngara universitaria que se organizara inmediatamente una marcha hacia la Presidencia, para que ésta recibiera el pliego de demandas que no había querido recibir en la mañana. Pero los dirigentes universitarios, siguiendo su actitud verbalista demagógica de rehuir el compromiso que le imponían los hechos sangrientos, convirtieron la idea de la marcha en una procesión de silencio, y a las diez de la noche, los universitarios desfilaron *sotto voce* por la Avenida Central, haciendo todos el gesto labial de guardar silencio, y presentaron

al Presidente de la República la solicitud de que atendiera las cuestiones educativas y que, en el plazo de 48 horas, destituyera al Ministro Julio y a los Jefes de la Guardia.

Hay que insistir en que los dirigentes universitarios no supieron calcular la magnitud de la consigna que le daban al movimiento estudiantil de Mayo, pidiendo la remoción de los Comandantes, pues a más de las limitaciones inherentes a ese movimiento, que dificultan imprimirle metas políticas insurreccionales, la consigna anti-militarista se lanzaba a un medio social en el que no existía ninguna agitación popular que la propiciara. De otro lado, la irresponsabilidad de la dirigencia universitaria llegó a extremos de no presentar una orientación meditada en la Asamblea General de la noche del 19, y en llevar a cabo una procesión de silencio, ante el Presidente, a cuya negativa de la mañana tenía que cargarse principalmente el estudiante inmolado y los demás heridos, junto con la secuela de furor y destrucción descrita.

Ya la protesta estudiantil secundaria había adquirido tales caracteres de violencia y sangre, que resultaba impropio la táctica de procesiones de silencio, cuando se decía luchar por la separación de los Jefes de la Guardia Nacional.

El sepelio y la Guardia Nacional.—La desorientación del movimiento estudiantil; el desconcierto creado en las filas de los estudiantes por la violencia policial, hizo posible que los estudiantes secundarios y universitarios se dedicaran todo el día Martes 20, a la velación y al sepelio del compañero muerto. Y hasta en el entierro se produjo un pánico injustificado, con saldo de varios heridos, atribuible a la tremenda tensión psicológica del momento.

La consternación también alcanzó a las esferas oficiales, y la Guardia Nacional fue retirada totalmente de las calles ese día del entierro, posición que para las horas venideras tendría su importancia.

En el nivel de violencias a que rápidamente condujeron las circunstancias, durante el primer día de los sucesos de Mayo, la pasividad de las 24 horas siguientes, dedicadas tan sólo a las exequias, operó como un factor de debilitamiento.

Pliego de reivindicaciones y respuesta del Gobierno.—El Miércoles en la mañana fue cuando los estudiantes presentaron al Presidente sus demandas relativas a la educación pública, reiterándole la petición sobre los Comandantes. Prácticamente se dejaba pasar otro día, sin acción alguna.

A las tres de la tarde, recibían los estudiantes la respuesta gubernativa, de aceptar discusión en los asuntos educativos y rechazar de plano la solicitud anti-militarista. Desde luego que la estabilidad del Gobierno dependía de la Guardia Nacional, entidad que le ofreció pleno respaldo a la contestación del Gobierno, cuando éste se la hizo saber de antemano.

Entonces fue cuando los estudiantes discutieron y pensaron sobre lo que debían hacer frente a la posición adoptada por el Gobierno. Hecho sobre hecho; circunstancia sobre circunstancia; reacción sobre reacción, tales eran las espontáneas notas dominantes, en una situación de conflicto, cuyos protagonistas se vieron inesperadamente arrastrados por la vorágine de los sucesos.

Se decreta la huelga general.—Advertidos por experiencias anteriores del movimiento obrero y del movimiento estudiantil, las directivas de ambos habían entrado en contactos y en la noche del Miércoles 21, los dirigentes estudiantiles se entrevistaban con líderes sindicales, en el Instituto Nacional. Ante el rechazo de las peticiones políticas, por parte del Gobierno, los estudiantes consideraban procedente un llamado a la huelga general, que algunos calificaban como huelga de brazos caídos, la cual debía iniciarse con el apoyo de los sindicatos. De éstos, sólo el Sindicato de Choferes se decidía abiertamente por la huelga indefinida si el Gobierno continuaba sordo a las peticiones del estudiantado.

Para hacer efectivo el paro obrero; y a fin de crear una situación delicada para el Gobierno, los estudiantes dispusieron en horas de la madrugada, destacar grupos que impidieran el tránsito de automóviles por las calles y que obligaran al cierre de todo establecimiento comercial, incluso tiendas de víveres y abarroterías. Estos grupos actuaron libremente en las horas de la madrugada del Jueves 22 de Mayo, pues la Guardia Nacional continuaba total-

mente acuartelada, lo que evidentemente fue un error de sus Jefes, ya que así la Guardia desocupó la ciudad, dejándola en poder de los huelguistas. Estos colocaron líneas de tinacos y madera en las calles, y no permitían el acceso a la ciudad, desde las afueras, ni ir hacia éstas. Con el paro de choferes, que fue total en las primeras horas de la mañana, se dislocó toda actividad normal de la población; y la suspensión del tránsito de automóviles particulares, también contribuyó mucho a paralizar la vida cotidiana de la ciudad de Panamá. A más de todo ello, ningún establecimiento comercial insistió en vender siquiera víveres, pues se exponía a represalias de los estudiantes.

A las ocho de la mañana, el Instituto Nacional era un hervidero humano, y grupos de estudiantes comenzaron a romper vidrieras, a destruir los semáforos de la Avenida Central, etc., por las calles próximas al Instituto. A las ocho y treinta comenzó a hacer su aparición la Guardia Nacional, por el Parque de Santa Ana, para recuperar la ciudad y normalizar el tránsito, despejando de obstáculos las calles. Grupos de guardias armados de fusil y lanzabombas, comandados por oficiales que portaban ametralladoras de mano, se apostaron en todas las calles de acceso al Instituto, a lo largo de la Avenida Central, entre los parques de Santa Ana y Lesseps.

El jueves sangriento.—A medida que la Guardia pasaba retirando obstáculos, salían elementos del pueblo y estudiantes para colocar nuevamente en la calle esos obstáculos. Lo que motivaba disparos de intimidación hechos por la Guardia. Y en las bocacalles de acceso al Instituto Nacional, grupos de estudiantes lanzaban lluvias de piedras contra los soldados, quienes contestaban con descargas cerradas de fusilería, aunque la mayor parte de las veces no tiraban a matar. Estas descargas salvajes y temerarias enconaron al pueblo de los barrios de Santa Ana, Calidonia y Marañón, que limitadamente coadyuvó con los estudiantes en las refriegas. De este modo se generalizó en los barrios mencionados la desigual lucha de calle, quedando heridas numerosas personas que eran transeúntes o se hallaban en los balcones de sus casas. La Guardia utilizaba en gran

escala sus bombas lacrimógenas y no pasaba media hora sin que repitiera las descargas cerradas de fusilería, de trecho en trecho, de bocacalle en bocacalle.

Los estudiantes iban siendo replegados más y más hacia el Instituto Nacional, y al mediodía ya la Guardia pudo dirigir sus fusiles hacia los ocupantes del edificio principal del Plantel, entre quienes había unos pocos (no más de cinco), con revólveres, que esporádicamente contestaban el fuego graneado de la Guardia. Comenzaron a caer heridos dentro del Instituto, y las sirenas de las ambulancias ululaban con su carga de víctimas, llevándolas al hospital.

Ante la paralización total de actividades que se hizo notoria desde las primeras horas de la mañana; y ante las medidas drásticas de la Guardia Nacional, el Consejo de Gabinete declaró el estado de sitio, suspendiendo las garantías constitucionales, decisión que al mediodía aprobó la Comisión Legislativa Permanente de la Asamblea Nacional, con el apoyo incondicional del Partido Liberal, grupo oligárquico que se autocalifica de opositorista. Así apeló el Gobierno a la dictadura, para sofocar el aborto espontáneo de insurrección. Cerró emisoras y censuró diarios.

De manera improvisada, grupos de estudiantes y elementos particulares movilizados por el enardecimiento de los ánimos, se dieron a repeler la Guardia, con piedras, palos y una que otra arma de fuego. El saldo oficial de muertos fue elocuente: ocho cadáveres. Y la lista de heridos pasó del centenar.

Ni la actitud de rebeldía suicida de los estudiantes secundarios; ni la furia destructiva que la acompañó; ni el saqueo de algunos almacenes, por elementos delincuentes, justifican la represión de ametrallamiento, puesta en práctica por la Guardia Nacional. La estabilidad del Gobierno jamás se vió realmente amenazada. Fue innecesaria y excesiva la acción de guerra, porque no había ningún grupo armado que combatir. Las manifestaciones estudiantiles, como las manifestaciones obreras, se disuelven con agua y con bombas lacrimógenas. En Mayo, los estudiantes se defendieron con piedras porque fue la Guardia la que primero cargó violentamente contra ellos, cobrando un muerto y heridos en los primeros momentos

de refriega. El trágico Jueves 22, la Guardia marchó a las calles con el gravamen psicológico de que el movimiento era contra sus Jefes, y había que ahogarlo, aún en sangre.

Nueva intervención de los universitarios.—Dado el número de estudiantes heridos en el Instituto Nacional, los dirigentes universitarios se apersonaron al Instituto, cerca de las dos de la tarde, para convencer a los estudiantes secundarios de que evacuaran el Instituto y se trasladaran a la ciudad universitaria, a causa de la masacre inútil que había comenzado. Los adolescentes, exaltados por su actitud suicida, se negaban a abandonar el Instituto, posición estratégica que mantenía el foco de la rebelión en el centro de la ciudad. Pero al fin y al cabo se convencieron de que se exponían al riesgo de una matanza desenfrenada. Los llamados líderes universitarios parlamentaron con los Jefes de la Guardia Nacional, por intermedio del Comandante del Cuerpo de Bomberos, y se acordó la evacuación, que fue llevada a cabo a las seis de la tarde, en doce autobuses de una compañía monopolista, que también paga su tributo, por mantener buses en circulación, a varios Jefes de la Guardia Nacional. Con ello, ésta quedaba dominando la situación, y el movimiento se confinaba a las cuatro paredes de la Universidad, en un suburbio bastante despeblado y lejano. Desde ese día, la Guardia impuso el toque de queda a partir de las nueve de la noche, en toda la ciudad.

Antes de continuar el relato de los hechos acaecidos y de las situaciones subsiguientes, resulta necesario llamar la atención sobre lo que significaba el abandono del Instituto Nacional, por parte de los estudiantes. El Instituto era el Cuartel Central, digamos así, del conflicto; ubicado en el corazón de la ciudad, la simple presencia de numerosos estudiantes dentro de él, mantenía un mínimo de actitud de lucha, y permitía, en realidad, que se desplegaran acciones tendientes a sostener la anormalidad de las actividades cotidianas de la población. En las circunstancias de violencia, de heridos y de muertos a que habían llegado las cosas ya no se podía tomar la trayectoria pacífica, sin riesgo de que la rebelión surgida se liquidara, porque ésta había consistido en actos terroristas, de parte de los estudiantes; en luchas suicidas con la Guardia, a las que había empezado a incorporarse una fracción del pueblo, y clausurar el

foco estratégico de esta militancia, era renunciar a ella; era renunciar, precisamente, a aquello en que consistía la insurrección espontánea ya en marcha. Y la responsabilidad de esta renuncia cabe a los llamados dirigentes universitarios, que el día Lunes 19 en la tarde y en la noche, habían lanzado la consigna, demagógica en ellos, de la destitución de los Comandantes de la Guardia Nacional. Cuando no se está dispuesto a lanzar una piedra siquiera, es pura demagogia verbal el hacer llamados en contra del militarismo.

Sin duda alguna que parapetados dos mil estudiantes secundarios en el Instituto Nacional, habrían continuado en su exaltación suicida, y la Guardia Nacional hubiera cobrado más cadáveres, con grave riesgo de una masacre. Pero en todo caso, el Gobierno y la Guardia, presionados por todos los sectores ciudadanos, no habrían tardado en aceptar una solución de mayores concesiones.

Por lo demás, si los llamados dirigentes universitarios, estudiantes adultos y de clase media, no estaban de acuerdo con la pugnacidad suicida de los alumnos secundarios, su deber de compañeros más reflexivos fue el de detener el mismo Lunes en la tarde la rebeldía adolescente de los muchachos, en vez de alentarla irresponsablemente con la consigna del anti-militarismo, que no fue lanzada por los jóvenes secundarios, sino por los mal llamados dirigentes de la Universidad.

La expectación siguiente.—Desde tempranas horas de la mañana del Viernes 23, la Guardia patrulló las calles de la ciudad de Panamá, y colocó retenes armados en el área comercial de la Avenida Central. Los autobuses de servicio público no funcionaron, porque los choferes se mantenían en huelga, y la paralización del transporte descoyuntaba mucho las actividades normales de la población. Los almacenes no abrieron sus puertas. Sólo lo hicieron algunas abarroterías y los supermercados, vendiendo víveres. Las oficinas del Estado se encontraban abiertas. Pero reinaba una gran expectación, un gran temor de que volviera a desatarse la violencia sangrienta del día anterior, pues nadie sabía si los estudiantes intentarían o no alguna actividad. A las dos de la tarde la ciudad se hallaba desierta; y no se registró ningún hecho violento. Era notorio que el centro de operaciones se había desplazado del Instituto Nacional.

Reacción en Provincias.—El Jueves en la tarde en Colón, y el Viernes en Santiago, David y Colón otra vez, los estudiantes de planteles secundarios del Estado llevaron a cabo manifestaciones de protesta contra la Guardia y de solidaridad con el movimiento de la Capital. En Santiago y David se trató de cerrar los comercios. En David los estudiantes se apoderaron de dos emisoras, por algún tiempo, y la represalia policial no tardó en concretarse, pues hubo desórdenes y encarcelados. En Colón y David los estudiantes se refugiaron en sus planteles, usándolos como foco de actividades. Se produjeron actos de sabotaje contra algunos puentes.

Estos sucesos en las principales ciudades de Provincias, prueban la extensión inmediata del clima insurreccional, así como la gravedad de la crisis política que vivió la República en la semana del 18 al 24 de Mayo. Como lo anotamos ya, se trató de una insurrección abortada, hecho insólito en la historia panameña de este siglo, por cuanto sólo se le asemeja el movimiento inquilinario de 1925. Sin embargo, la censura en los periódicos impidió que la reacción del estudiantado de Provincias fuera conocida prontamente en la Capital, y como en ésta el día Viernes 23 la rebelión estudiantil se había estancado, la importancia práctica de los hechos de Provincias quedaba sumamente disminuida.

Comienza la normalidad.—Nuevamente en las primeras horas de la mañana del Sábado 24, la Guardia Nacional patrulla las calles, garantizando su protección al comercio, que tímidamente se va aventurando a abrir algunas puertas. Se observa que empiezan a transitar los buses y que se ha restablecido totalmente el tránsito de automóviles particulares. Los estudiantes han ocupado desde el Jueves en la noche los edificios de la Universidad, y allí se han quedado varios centenares, pues muchos entran y salen libremente. Los dirigentes estudiantiles esperan que el pueblo responda con una huelga de brazos caídos, e invitan a los líderes sindicales a que decreten y pongan en ejecución esa huelga. Únicamente el Sindicato de Tipógrafos acciona con un paro de 24 horas que cubre el Domingo. El Sábado es el segundo día que transcurre sin ninguna violencia.

Pasado el desconcierto del Jueves en la noche y del día Viernes, los estudiantes que han decidido auto-sitarse en la Universidad se

proveen de unos veinte rifles y varios revólveres, organizándose internamente en algunos comités, para repeler un posible ataque de la Guardia Nacional. Levantaron también unos simulacros de barricadas, en las calles de acceso a la ciudad universitaria, y regaron tachuelas para dificultar más una incursión de carros policiales. Advertida de esa situación interna, la Guardia establece una estricta vigilancia y restringe el paso a la Universidad, iniciándose así una especie de sitio limitado, pues a los familiares de los estudiantes se les deja pasar pequeñas cantidades de comida. En verdad, son como quinientos estudiantes los que se han quedado dentro de la Universidad, alentados por sus Directivas.

Un domingo ordinario.—Ya para este día, abren todas las tiendas de comestibles, las boticas, las refresquerías, las cantinas, los cines. No menos del 50% de los buses de servicio público está funcionando, y la huelga del Sindicato de Choferes, cuyos dirigentes se han quedado en la Universidad, está prácticamente quebrada. Pero la Guardia sigue patrullando las calles en pié de guerra. Los dirigentes estudiantiles sitiados envían emisarios para que se movilicen los sindicatos en una huelga que será efectiva desde el Lunes 26. Al mismo tiempo, aceptan parlamentar con un grupo de profesores universitarios, que a su vez se entrevistaba con una comisión de políticos oligarcas designada por el Presidente. Resulta explicable que el Rector y varios profesores de la Universidad se interesaran por buscase una solución al problema creado, para las autoridades universitarias, por la ocupación de los edificios y por el sitio o asedio policial. En la Universidad comían, dormían y habitaban, desde unos mil estudiantes, en los primeros días, hasta cerca de quinientos en los últimos momentos; había hombres y mujeres de todas las edades. Se organizó una vigilancia interna, para repeler cualquier ataque de la Guardia, y se preparaban alimentos en el Restaurante universitario.

La actitud que privaba en los dirigentes estudiantiles, era la de mantenerse sitiados, y esperar que se cumplieran sus buenos deseos de que el pueblo retornara a la lucha. Naturalmente que en la inactividad en que se hallaban esos dirigentes, muchos tenían que imaginar exaltadas formas de acción, para que el movimiento no terminara en la liquidación ya empezada desde el Jueves 22 en la

noche; pero no se pasó de las imaginaciones. Tan sólo hubo reparto subrepticio de algunas hojas sueltas, por las calles de la ciudad.

Normalidad de actividades.—Colocándose en una tardía actitud emotiva, algunos sindicatos (zapateros, panaderos, tipógrafos, etc.) decretaron una huelga para el Lunes 26. Y unas cuantas organizaciones sindicales lograron la suspensión de labores, mas como los sindicatos panameños no controlan siquiera el 10% de la masa obrera, el intento de huelga resultó invisible y baldío. El transporte público, en manos de choferes que el Jueves sangriento habían hecho efectivo el paro general, estaba totalmente normalizado el Lunes 26 en la mañana. Todos los almacenes, comercios e industrias funcionaban, después de las interrupciones de la semana anterior. Continuaba, sí, la protección armada de la Guardia, por todas las calles, y el emplazamiento de grupos armados a lo largo de la Avenida Central. En la noche se prolongaba el toque de queda.

Para evitar que las escuelas secundarias volvieran a convertirse en focos de efervescencia, el Gobierno dispuso extender por una semana más la suspensión de clases en todos los colegios de la República, y hasta las escuelas particulares se plegaron a la medida oficial.

La huelga tardía de algunos sindicatos cesó al cabo de las 24 horas del Lunes 26. El Martes se publicaron los diarios.

La cuestión conflictiva quedó circunscrita al sitio de la Universidad y a las gestiones de conciliación que siguieron efectuando los profesores universitarios. Los parlamentos de las comisiones aludidas se hicieron laboriosísimos, hasta que, por fin, se alcanzó un acuerdo el Jueves 29 de Mayo en la noche. En ese mismo instante, la Presidencia anunció, como cortina de humo, un cambio de fichas en el Gabinete.

El Acuerdo de la Colina.—El Gobierno no quiso aparecer pactando con los estudiantes, como si se tratara de una solución de potencia a potencia. Se convino en que el Rector haría una comunicación pública, sobre los puntos del Acuerdo. En ésta, después de las consabidas promesas para mejorar la educación, se compromete

el Gobierno a llevar a la Asamblea Nacional, en el próximo Octubre, un proyecto de ley contentivo de las siguientes medidas contra la Guardia Nacional.

a) Los Comandantes cesarian automáticamente en sus cargos cuando deja su puesto el Presidente que los ha nombrado; b) Los jefes, oficiales, o miembros de la Guardia, no pueden ser propietarios de negocios, directamente o por interpuesta persona; c) Se somete a la oficialidad a ser trasladada, del lugar en que presta servicios, a otra población de la República, cada dos años.

Es innegable que este Acuerdo fue una concesión interesada del Gobierno oligárquico de turno, para con un movimiento que estaba auto-liquidado desde el Viernes 23, y que para el Jueves 29, día de la transacción, ya había con mucho, dejado de ser riesgo o peligro para alguien. Sobre todo, la oficialidad de la Guardia Nacional ha debido sentirse frustrada, ya que el Presidente a quien ella había mantenido en el poder, tomaba pretexto en el sitio universitario, para cortar formalmente a esa oficialidad sus prerrogativas económicas.

La accidentada pugna histórica entre la Guardia Nacional, con su casta de militares, y la Oligarquía, con su casta de políticos, por la hegemonía del poder y de los más pingües negociados, tuvo en el Acuerdo de la Colina una expresión elocuente. El Gobierno se aprovechó de la coyuntura que le brindaron los sucesos insurreccionales de Mayo, para ganar terreno frente a la influencia hegemónica de la Guardia. Aún convino en remitir una etapa del problema, hasta el mes de Octubre, a la Asamblea Nacional, permitiendo en el interregno posibles preparativos estudiantiles. Fue la utilidad que obtuvo la Oligarquía, del holocausto de nueve vidas humildes y de centenares de heridos.

CAPITULO TERCERO

BALANCE FINAL Y PERSPECTIVAS

Nota inicial.—Como queda indicado en la “Introducción” de este análisis, se hace indispensable fijar el saldo social y político de los sucesos insurreccionales de Mayo de 1958. En ellos se advierten aspectos positivos, así como importantes fallas y omisiones del movimiento estudiantil y popular. Por otra parte, es obvio que la promesa del Gobierno, en el sentido de presentar a la Asamblea, en el próximo Octubre, un proyecto de ley sobre medidas encaminadas a debilitar un tanto la prepotencia de la Guardia Nacional, le ofrece al movimiento estudiantil ciertas perspectivas de lucha, que interesa tomar en cuenta, tanto para su mejor encauzamiento, como para hacer conciencia y luz en el porvenir inmediato.

Lo que implica un aborto de insurrección.—Es común, en materia de hechos sociales, el desencadenamiento de situaciones totalmente imprevistas por quienes toman la iniciativa de una determinada acción social. Seguramente en Mayo de 1958 ni los estudiantes, ni el Gobierno, pensaron que las cosas iban a revestir la gravedad ya apuntada en páginas anteriores. Pero lo cierto es que los hechos se desataron, al impulso de la actividad realizada por las distintas fuerzas actuantes, concretando en la historia política panameña lo que puede, rigurosamente, considerarse como un aborto de insurrección espontánea.

En la insurrección espontánea, entran a la liza fuerzas lo suficientemente poderosas para producirla, y acontecen hechos de clara filiación insurreccional, aunque todo ello ocurra sin plan preconcebido. En el aborto de insurrección espontánea, esas fuerzas y esos hechos apenas si se presentan en forma muy embrionaria. Las situaciones inesperadas que se suceden, toman de sorpresa tanto a los dirigentes como a la masa que participa en el movimiento. De

le

le

El Gobierno y la Guardia.—En los momentos de crisis política, se presenta en forma brutal el papel del ejército panameño o sea la Guardia Nacional. Esta no es más que el apoyo armado, y a veces el único apoyo, con que se sostiene en el poder la Oligarquía. Si no hubiera sido por la intervención salvadora de la Guardia Nacional, el Gobierno de Ernesto de la Guardia Jr. no habría resistido la creciente indignación popular. La Oligarquía necesita a la Guardia Nacional, como instrumento armado de su dominación política. En esta necesidad tuvo origen la hegemonía de la Guardia, que al cobrar conciencia de su papel político, a través de crecientes intereses económicos, exigió una mayor cuota de beneficios, en el reparto de las esferas gubernamentales y extra-gubernamentales del poder, pasando finalmente a convertirse en árbitro de la política panameña, al extremo de imponer a su principal Comandante, José A. Remón, en la Presidencia de la República, de 1952 a 1955.

La Oligarquía política, sutil y ducha en esos menesteres, se ha mostrado recelosa de la primacía que cobraba la casta militar, y con ese recelo apelaba a todos los recursos, desde la unción servil hasta el asesinato emboscado (el de Remón), para refrenar aquella primacía y subordinar la Guardia Nacional.

Pasados los días de temor y confusión para el Gobierno, éste hizo posible el parlamento con los estudiantes refugiados desde el día 22 de Mayo en la Universidad, nombrando una Comisión que lo representara, integrada por Oligarcas allegados a Palacio. Confinada la rebelión estudiantil a los muros universitarios; vencida la mal llamada huelga de brazos caídos que muy limitadamente apoyaron algunos sindicatos; liquidada toda posibilidad de acciones populares contra el Gobierno, lo único que explica que éste se comprometiera a llevar a la Asamblea Nacional un proyecto de ley que tiende a menoscabar un poco la influencia determinante de la Guardia, es el propósito gubernamental de aprovechar la crisis que acababa de conjurarse, para ganar un paso de avanzada en la sorda lucha de la Oligarquía política contra la hegemonía de la casta militar. Y a decir verdad, el único sector social que obtuvo ganancias de la pasada crisis de Mayo, fue la Oligarquía, que por

encima de los muertos y heridos (obsérvese que ningún oligarca fue siquiera herido) y por encima del impagable servicio que le prestó la Guardia, se valió de la coyuntura en contra de ésta.

Hé aquí otra enseñanza que deberían tomar en cuenta quienes participan por simple impulso emocional en la política panameña. Los que toman la iniciativa y la acción en las situaciones conflictivas sociales, sin disponer de fuerzas organizadas y de objetivos claros, actúan a la postre, quieranlo o no ellos mismos, como instrumentos de aquellos sectores que sin actuar y sin exponer nada, tienen suficientes recursos para hacerlos pesar en el desenlace o en las soluciones de esos conflictos. A los otros les queda el final triste de lamentar muertos y heridos, sumiéndose en el complejo de culpa de su propia ingenuidad.

Las otras fuerzas políticas y sociales.—Cuando ocurren conflictos políticos, o sucesos graves como los de Mayo de 1958, hay que esperar una toma de posición de parte de las fuerzas políticas y sociales del país. Ya hemos visto la actitud del estudiantado, la del Gobierno y sus adláteres, y la de la Guardia Nacional.

A más del partido del Gobierno, llamado Coalición Patriótica Nacional, el único partido que tiene personería jurídica es el Partido Liberal Nacional, el que se gasta el lujo de calificarse de "oposicionista", porque carece de representación en el engranaje burocrático del Estado. Y cuando el 22 de Mayo se planteó en la Comisión Legislativa Permanente la aprobación del estado de sitio decretado por el Gobierno, el Diputado representante del Partido Liberal Nacional en esa Comisión, se sumó incondicionalmente a la medida dictatorial de que echó mano el Ejecutivo en su defensa. En esta ocasión se ratificó, pues, la índole de partido oligárquico del Liberal Nacional, que ante el peligro para una fracción dominante de la Oligarquía, hizo causa común con ella, olvidando sus momentáneas diferencias intestinas, porque la amenaza se cernía sobre todo el sistema oligárquico, y ello identificaba plenamente a la Coalición Patriótica y al Liberal Nacional, por más que se autocalifiquen, una de partido de Gobierno, y el otro, de partido de Oposición.

Análoga actitud mantuvo el grupo político de descontentos que abandera el Primer Vice-Presidente actual de la República, Temístocles Díaz Q. Este personaje baladrón y funambulesco, que en Julio de 1957, desde el Parque de Santa Ana, juró risiblemente derrocar a Ernesto de la Guardia, o morir en la empresa, nada hizo con su grupo oligárquico, mientras moría una decena de estudiantes y ciudadanos, posición muy explicable por la filicación oligárquica de este grupo que se autodenomina "Movimiento de Liberación Nacional", y que algunas semanas después de Mayo publicó un llamado a la ciudadanía, para la formación de un pomposo Frente Nacional contra el Gobierno.

La agrupación política ocasional llamada Resistencia Civil, probó con su silencio definitivo, que sólo tuvo origen a propósito de las elecciones de 1956, como apéndice del Partido Liberal Nacional.

El profesorado secundario y el magisterio primario, que tienen sus asociaciones representativas, y que son sectores humanos directamente concernidos por las cuestiones educativas, no respondieron ante la magnitud de la crisis acaecida en Mayo. El profesorado se limitó a exponer una débil protesta por la represalia policial, y el magisterio guardó total silencio. Como grupos de la clase media panameña, dejaron pasar los acontecimientos, agarrotados por sus temores y sus grandes indecisiones de clase, que se deben a su nivel económico medio, de tener poco y ambicionar mucho. Esta última ambición es refrenada, en la clase media, por el riesgo de perder lo poco, y de ahí que dicha clase vegete casi siempre, colocándose al margen de toda militancia, en la gran mayoría de las ocasiones.

Este rol pasivo que jugaron las fuerzas políticas y sociales más comprometidas, fuera de los sectores protagonistas del conflicto, demuestra cuán alejados estamos en Panamá de un cambio político revolucionario, que afecte parcialmente siquiera la dominación oligárquica, porque no existe un movimiento o un grupo político que pueda desencadenar un cambio de aquella naturaleza. Y como en otras ocasiones de la política panameña, hubo ahora la coyuntura, sin que coincidiera con ella, en el panorama patrio, el movimiento revolucionario que será el único instrumento efectivo de la anhelada superación nacional .

No podía faltar, desde luego, la intervención de la Iglesia Católica, fuerza política y social siempre actuante, que generalmente opera tras bastidores. El capellán de la Guardia Nacional, sacerdote Gómez, en la tarde del Jueves 22 de Mayo, utilizó una red de emisoras, para presentarle al país un alegato en favor personal del Presidente de la República, de quien se dijo acompañante asiduo en las horas sangrientas de aquel día. Invocó el derecho divino de la autoridad, para mandar, como representante de Dios, y censuró el movimiento estudiantil como dominado por comunistas. Posteriormente, la Iglesia Católica quiso ofrecerse como mediadora, en declaración pública suscrita por sus principales prelados, quienes se autoerigieron en "portadores de Paz, de concordia". Contradictoriamente, en la primera parte de esa declaración decían "mantenerse al margen de toda disputa"; y luego, basándose en una pretendida "paternidad espiritual", urgían y apremiaban "a todos los ciudadanos y especialmente a los estudiantes a aplazar la realización de sus peticiones hasta la restauración de la normalidad". Deseaban los prelados católicos que los estudiantes no insistieran en sus demandas, lo que equivalía a presionar con el recurso religioso, en beneficio del Gobierno. Este papel de la Iglesia Católica, como aliada de la Oligarquía, fue bien visible. Sin embargo, nadie hizo caso a su llamado.

La participación obrera.—La desorientada e inefectiva intervención de algunos sindicatos obreros en los sucesos insurreccionales de Mayo último, es otra constante de la lucha de clases en Panamá, que debe ser tenida en cuenta. Los precarios sindicatos existentes, ni siquiera controlan el 10% de la masa trabajadora de las ciudades de Panamá y Colón, en tal forma que una huelga decretada por esos sindicatos resulta y resultará muchas veces inocua.

Por otra parte, las decisiones de esos sindicatos se toman improvisadamente, sin claridad y sin visual, lo que hace todavía más incierto el apoyo que puede esperarse del movimiento sindical. Por ejemplo, el Sindicato de Zapateros decretó la huelga, el Lunes 26, y la cumplió totalmente en las fábricas y talleres grandes. Sin embargo, esa huelga no tuvo ninguna repercusión, ni tuvo influencia alguna. Más bien pasó desapercibida, pues existía un 90% de ac-

tividades económicas normales, en la ciudad de Panamá, ese Lunes 26 de Mayo. Y hasta algunos dirigentes del Sindicato de Zapateros explicaron a sus afiliados que la huelga sólo sería por uno o dos días, ya que ellos consideraban que el problema estudiantil hallaría su desenlace ya, de un día para otro. En realidad, ese desenlace se produjo el Jueves 29; pero el día Martes 27, todos los zapateros huelguistas regresaron a sus trabajos. Otro ejemplo análogo es el del Sindicato de Tipógrafos, que declaró un paro de 24 horas durante el Domingo 25, sin mayor importancia o efecto.

El Sindicato de Choferes sí le prestó al estudiantado una ayuda eficaz, desarticulando totalmente el transporte público durante dos días. Ya el Domingo 25 funcionó el sistema de transporte con un 50% de actividad, y el Lunes 26 se había normalizado en forma íntegra. El éxito inicial de la huelga de este Sindicato se explica porque la lucha contra la Guardia Nacional era un objetivo importantísimo para dicho gremio, a causa de que sufre la persecución y la dominación de la Guardia en el negocio de las rutas de transporte. Y el fin espontáneo de la huelga de choferes, en contra de las disposiciones de sus dirigentes, también se explica por la impreparación económica del Sindicato, para la huelga. Sin recursos económicos, las huelgas del Sindicato de Choferes, no pasarán de dos días de efectividad, y aún es grande el sacrificio que en esa forma se imponen los agremiados. Cabe indicar en este punto, que la huelga del Sindicato de Choferes constituye un factor importantísimo en un movimiento, y que vale la pena tener siempre presente esa importancia.

No puede esperarse, en fin, del movimiento sindical, más de lo que determina una consideración realista de su precaria influencia y de su debilidad orgánica. Una intervención más decisiva del obrerismo panameño, sólo será posible cuando éste sea un movimiento curado de sus grandes fallas del momento.

El movimiento estudiantil.—Ya hemos destacado la naturaleza anti-oligárquica de la posición del estudiantado panameño. Ahora debemos advertir que una de las pocas manifestaciones colectivas de la lucha de clases en Panamá, es la que emerge como movimiento estudiantil, ya que los demás sectores sociales dominados por la

Oligarquía, casi nunca se hacen beligerantes en su contra. Ni la masa obrera, ni los sindicatos; ni los burócratas en zozobra permanente; ni los ciudadanos que sufren el desastre de los servicios públicos; ni el campesinado, víctima de una política de indiferencia absoluta; ni los maestros y profesores a través de sus organizaciones; ni los electores despojados de sus derechos políticos por el continuismo; ningún grupo social panameño ha hecho sentir seriamente su oposición al estado de cosas de que es causante nuestra Oligarquía. De ahí que al estudiante corresponda en los últimos años, el mérito social de no seguir el canon de pasividad que han adoptado todos los estratos de la sociedad panameña, ante la cuestión oligárquica.

Sin embargo, el mismo movimiento estudiantil, ni en el pasado, ni en el presente, ni en sus líderes y mucho menos en su masa, se ha percatado plenamente de su ubicación social. Bajo el estímulo de los sermones laicos de varios maestros de América, como Rodó e Ingenieros, se ha enfocado con excesivo idealismo el papel de nuestro estudiante latinoamericano. Se ha hecho del estudiante una enteletiqua, un ser con especiales derechos y obligaciones, debidos a su condición específica de estudiante, lo cual es, sociológicamente, falso. Se dice que el estudiante tiene una misión social que cumplir; y por este camino, los propios estudiantes se han imbuído, desde 1918 a esta parte, de una prédica idealista que puede ser aceptable para suscitar una mística interna o para justificar ante la opinión pública la acción juvenil. Pero detrás del cúmulo de muchas frases hechas, está la realidad de la clase social a que el joven, como todo individuo, pertenece; y la verdadera raíz de su actividad se ahonda, más que en su condición psicológica de adolescente, principalmente en las motivaciones complejas que tienen relación directa con el estrato social en que está colocado. Preguntémos, por ejemplo, con qué deber como estudiantes estuvieron cumpliendo los estudiantes secundarios colonenses del Colegio oficial Abel Bravo, al protestar por una subasta de lotes de terreno que hacía el Instituto de Vivienda y Urbanismo? Esos estudiantes defendieron allí los intereses de las clases media y populares, en que se encuadran, en contra del acaparamiento de la burguesía criolla. Pero las ilusiones idealistas de que está penetrado, en buena parte, el movimiento es-

tudiantil, le hace caer en falacias y en posiciones erradas, que podrían evitarse, si los estudiantes, al menos los dirigentes, se dieran cuenta de que su movimiento es clasista y que es en la lucha de clases en donde hallarán la mejor explicación y la mejor orientación del desencadenamiento de fuerzas sociales que sus acciones y reacciones provocan. Otro ejemplo: los universitarios no han sabido responder a la acusación que les hizo el Rector de la Universidad ante el claustro de profesores. Se pronunció el Rector en contra de la presencia de líderes obreros, al lado de los estudiantes, dentro del recinto universitario, y de este modo formuló un llamado indirecto al Gobierno, para que no permitiera la intervención de "extraños" en la Universidad. Naturalmente que esta acusación puede servir de pretexto para que mañana intervengan las autoridades públicas, incluso la Guardia Nacional, en la Universidad, alegando que allí hay un foco de conspiradores. A todo esto, los estudiantes no han sabido ni han querido advertir que el denuncia del Rector no es más que la actitud esperada de quien está ligado económica y socialmente a la Oligarquía, y se siente obligado a pronunciarse en contra del movimiento estudiantil y en favor oligárquico.

Por otra parte, la conformación social del estudiantado; el hecho de que se trata de elementos aglutinados por su condición de estudiantes, le impone a su movimiento objetivos determinados, así como limitaciones importantes en sus métodos de lucha. Aquellos objetivos precisos y estas limitaciones, se confabulan para darle a la lucha estudiantil un cauce bastante rígido, dentro del cual se debate consigo mismo y se menoscaba, el potencial social de ese movimiento.

Lo más trágico de la situación radica en que el mismo estudiantado no tiene conciencia de los objetivos que le traza su propia conformación de estrato social específico, y en que, por ello, no percibe las limitaciones de las tácticas que puede poner en juego. En los sucesos insurreccionales de Mayo, el movimiento estudiantil abandonó rápidamente sus consignas referentes al problema educativo, sustituyéndolas abiertamente por objetivos anti-oligárquicos y anti-militaristas. La militancia que se quiere llevar a cabo a través de metas políticas de recia envergadura insurreccional, no debe quedar-

se en el mítin tumultuario, o en la rebeldía verbal, o en el lanzamiento de piedras, o en el simple llamado a la huelga de brazos caídos. Son otros los instrumentos de lucha, y son otras las tácticas que exige la responsabilidad de aquella militancia. Por lo mismo, el movimiento estudiantil debe dilucidar sin demora el dilema que en las circunstancias de hoy se le presenta: o se mantiene dentro de la trayectoria de los problemas educativos, empleando tácticas e instrumentos cónsonos con las máximas posibilidades de ejercer presión frente a las autoridades del ramo, o se define como un movimiento político anti-oligárquico y anti-militarista, dispuesto a utilizar todos los métodos de lucha adecuados para desencadenar una revolución que tenga posibilidades de triunfo. No es exagerado entender que es real este dilema, y la inconsciencia frente al mismo, sólo conducirá a situaciones parecidas a las de Mayo último, con su inútil cortejo de sangre, dolor y muerte.

Se vió claro, en los sucesos insurreccionales de que trata este análisis, que las directrices llevadas por los estudiantes secundarios, eran diferentes a las del estudiantado universitario. Por un lado hubo demasiada exaltación; y por el otro, demasiada cobardía, apreciación que se hace principalmente con respecto a los dirigentes de cada fracción estudiantil. Los universitarios, que fueron los más responsables de la evacuación hacia la Universidad, y del sitio en ésta, no entendieron que era fatal para el movimiento el simple transcurso pasivo de los días; con éstos, se alejaba cualquier posibilidad de relativo éxito. Se evidenciaron, pues, ciertas contradicciones y discrepancias entre estudiantes secundarios y estudiantes universitarios. Los últimos, como adultos ya bien asentados en la clase media, actuaron con las indecisiones, las desorientaciones y los temores propios de su clase.

Los altos y bajos de la acción estudiantil; las formas improvisadas que tomó ella, hablan muy claro sobre la total desorientación del movimiento. Lo que los estudiantes llamaban huelga de brazos caídos, no lo era; sino una amenaza de provocar el terrorismo, pues la mayoría de los establecimientos comerciales cerraron ante el temor de la represalia por parte de los estudiantes, y cuando la Guardia Nacional les dió protección, abrieron sus puertas. En

la huelga de brazos caídos, el grueso de la población voluntariamente cesa en sus actividades normales, y se abstiene de cualquier otro acto de lucha.

Además, no hubo en las directivas estudiantiles ningún grupo de personas que se destacaran en el planteamiento y la adopción de medidas acertadas. No hubo, pues, verdaderos líderes. Y por el contrario, se dieron muestras de una inconsistencia muy marcada. Por ejemplo, después de haber llevado a cabo el gesto exhibicionista y simplemente emotivo de colocar subrepticia y sorpresivamente banderas panameñas en la Zona del Canal, en la llamada "Operación Soberanía", los propios estudiantes universitarios trataron de pedir a las autoridades norteamericanas en la Zona, que les suministraran comida por el área limítrofe con los terrenos de la Universidad. Y cuando una docena de estudiantes que escaparon de la Universidad hacia la Zona fueron detenidos y condenados a penas menores, la dirección del movimiento estudiantil creyó muy adecuado solicitarle clemencia al Gobernador de la Zona, la cual fue negada. Si en el estudiantado panameño, como parte de nuestro pueblo, hay un franco sentimiento nacionalista anti-norteamericano, los estudiantes castigados por la simple falta de penetrar áreas reservadas del Ejército norteamericano, debieron cumplir su condena, y las directivas estudiantiles debieron denunciar el hecho como una represalia por la "Operación Soberanía", y como síntoma de la animosidad norteamericana para con los panameños.

Falta de técnica en la lucha.—Tanto los estudiantes como los elementos populares que se incorporaron a la lucha de calle contra la Guardia Nacional, en los días 19 y 22 de Mayo, hicieron gala de un desconocimiento total de la técnica de esa lucha. Esta exige un mínimo de adiestramiento, para alcanzar cierto grado indispensable de efectividad. Ante personas no entrenadas en la lucha de calle, la Guardia se crecía y terminaba dominando la situación en poco tiempo. No se debe descuidar este aspecto, en un movimiento de tipo insurreccional, porque su destino puede depender, en mucho, de la preparación militar mínima de grupos de personas que tomen parte en la acción contra el ejército.

Naturalmente que esta ausencia de técnica en la lucha es consecuencia directa de la general desorganización del movimiento estudiantil, uno de sus males crónicos. Todo lo que se hizo fue espontáneo y desorganizado.

Sea como fuere, la lucha de calles en los días 19 y 22 de Mayo, a iniciativa constante y arrojada de los muchachos, ha enseñado a nuestro pueblo a no tenerle miedo a las bombas lacrimógenas, ni a un ejército armado, que hasta estos días era muy temido por sus exhibiciones de implementos bélicos, en los desfiles del 3 de noviembre.

Falta de visual política.—Ni en los sindicatos obreros que emotivamente fueron arrastrados a la huelga, y mucho menos en los estudiantes enardecidos, hubo la visual política que las circunstancias requerían. Intentar que la violencia llegue a extremos de caos; poner en marcha consignas insurreccionales, como la de destituir a los Jefes de la Guardia, son situaciones en las que no puede dejarse de pensar en la integración de un nuevo gobierno y en la participación que en éste ha de corresponderles a las fuerzas insurreccionales (estudiantes, obreros organizados, pueblo en general).

No obstante, en Mayo último los estudiantes se lanzaron a las calles en plan de motín, y ciertos sindicatos se declararon en huelga, sin cruzar la menor idea con respecto a una crisis del Gobierno y la integración inmediata de un nuevo equipo gubernativo. Es verdad que, con explicable ocultamiento recíproco, se sospechaba que las cosas no llegarían tan lejos. Pero no se debieron llevar los acontecimientos hasta el aborto de insurrección, de manera tan inconsciente, pues de haberse producido el colapso del Gobierno, las clases dominantes hubieran organizado prestamente el suyo, aprovechándose de la crisis que precipitaron las clases dominadas, con una lamenable cuota de muertos y heridos. Sobre todo, la historia política de los países latinoamericanos nos suministra ejemplos —y los estudiantes deberían saberlo muy bien— en que las Oligarquías y las Burguesías utilizan a las clases dominadas como fuerzas de choque, para recoger ellas solas todas las ventajas del triunfo, dejando burlados y sacrificados a los grupos sociales que libraron la batalla.

Diez años atrás.—Casi dos lustros atrás, en los años 47, 48 y 49, el movimiento estudiantil se había enfrentado ya a la Guardia Na-

cional. De esas luchas surgió el Frente Patriótico de la Juventud, que luego desembocó en franco partido político. Sus líderes ensordicieron los oídos del país con encendidos discursos en contra del militarismo, en contra de la Guardia. Varios de esos líderes sufrieron atropellos, vejámenes y cárcel. Y ahora que las nuevas generaciones de estudiantes le hacían frente, en forma mucho más trágica, a la casta militar, ni siquiera elevaron una voz de protesta esos ex-líderes, que hoy empiezan a alcanzar los 40 años de edad. Unos le prestan servicios burocráticos a la Oligarquía, mostrándose solidarios de ésta; otros se ocultan en el silencio de profesiones liberales ejercidas con pingües ganancias. Su idealismo social de hace diez años, ha naufragado en el individualismo lucrativo del presente, al impulso de una absoluta orfandad ideológica, que se sospechaba en las estridencias verbales de que fueron protagonistas efímeros. Recordemos con José Ingenieros que “cada generación abre las alas donde las ha cerrado la anterior, para volar más lejos, siempre más”, y que “cuando una generación las cierra en el presente, no es juventud: sufre de senilidad precoz”. Final amargo al que está condenado todo aquél que milite en política, sin la orientación de una ideología definida.

Hacia Octubre.—Seguramente que no escapaba al Gobierno que su compromiso de presentar a la Asamblea, en Octubre, un proyecto de medidas contra la Guardia Nacional, constituía una invitación al estudiantado, y aún al pueblo, para que, aprovechando el interregno, hiciera más fuerte y mejor organizado su movimiento anti-militarista. Aún es posible que se deba achacar al Gobierno la iniciativa en ese compromiso, dado que implica, evidentemente, el comienzo de una solución, o al menos una ventaja, para la Oligarquía, en su pugna histórica con la Guardia Nacional. En los momentos en que se concluía el denominado “Acuerdo de la Colina”, todo presagiaba que los estudiantes redoblarían sus esfuerzos en contra de los Comandantes de la Guardia, para el mes de Octubre. Resulta innegable, así, que el Gobierno ha querido usar al estudiantado como fuerza de choque, para que le saque las castañas del fuego, en su ajuste de cuentas con la Guardia.

De otro lado, las jornadas de Mayo han tenido que operar en la psicología adolescente de los estudiantes secundarios, como una

especie de reto, como una represión sangrienta que clama venganza. La rebeldía estudiantil se siente ahora espolcada y hace más fuerte su actividad de reacción llevándola a un alto grado de emotividad y sentimentalismo. Es difícil, por tanto, esperar que el estudiantado analice fríamente y con objetividad el panorama de la situación que confronta, para optar por la respuesta más conveniente a sus propios intereses, que son los de la educación nacional. La prueba de ello la tenemos en hechos como el de la detención del estudiante universitario Nicolás D'Anello, capturado con una subametralladora, un fusil, un revólver y algunos tiros, pues cualquiera que haya sido la causa inmediata de su detención, ésta revela el plan de aventurerismo político a que está siendo arrastrado un sector estudiantil. Lo sucedido a D'Anello resulta análogo al "affaire" del estudiante universitario Teodoro Robinson, a quien se detuvo en los días de Mayo, también complicado en la adquisición de otra subametralladora, que de nada ni para nada sirvió.

Sigue esta corriente de aventurerismo político la posible alianza de los estudiantes con el Movimiento de Liberación Nacional, que en los últimos días se ha sentido capaz de hacerles promesas a los estudiantes, para que crean en el beneficio popular de la obra de gobierno que desarrollará el Señor Temístocles Díaz Q., cuando a consecuencia de un movimiento insurreccional ocupe el poder, en el próximo Octubre. Ya se han celebrado las primeras conversaciones. Pero si se toma en consideración el entronque oligárquico del llamado Movimiento de Liberación Nacional; y si se consideran las fallas y debilidades del movimiento estudiantil, no es posible hacerse ilusiones acerca del resultado final de ese proyecto de conspiración.

Por el camino de la exaltación emocional y de las consignas insurreccionales, el movimiento estudiantil se hallará con:

a) Un Gobierno presto a seguirlo utilizando como fuerza de choque contra la Guardia, y que ha demostrado suficiente habilidad para aprovechar toda ocasión de solidificar la hegemonía de su clan político;

b) Un movimiento obrero precarísimo y sin recursos económico, que no controla siquiera el 10% de la masa trabajadora de Panamá y Colón;

c) Un pueblo desorientado, muy susceptible de seguir los dictados de la simple actitud emocional; un pueblo no entrenado para la lucha con un ejército en armas; un pueblo sin dirigentes capaces;

d) Un estudiantado sin organización, sin un equipo de líderes de empuje, sin visual política, requebrajado por desavenencias entre secundarios y universitarios; un estudiantado desprovisto de instrumentos de lucha, e impreparado frente a ella.

A dos meses de los sucesos de Mayo, y a dos meses del próximo Octubre, ya se han dado síntomas claros de lo que sobrevendrá. Y no podía ser de otra manera, porque la relación de fuerzas entre las clases sociales panameñas, que permite la hegemonía oligárquica, no puede cambiar de la noche a la mañana, a causa de que tampoco cambia en la misma forma la fuerza individual de cada clase.

Hubo de pasarse un mes entero, para que los diferentes grupos estudiantiles salieran de la expectación crepuscular en que los dejaron las jornadas de Mayo. El mismo Directorio Universitario, por ejemplo, no llegó a reunirse, sino en los primeros días de Julio. Un poco antes de ello, vió la luz el periódico "FEDERACION", y un vocero de los estudiantes secundarios, un vocero de los estudiantes universitarios, y un tercer vocero a nombre de la Federación de Estudiantes se dirigieron al país por una red de emisoras, en días distintos.

Quien lea los tres discursos hallará que reina la anarquía en el pensamiento estudiantil. El vocero de la Federación planteó, como algo "necesario y urgente, la organización inmediata e intensiva de cuadros populares (obreros, campesinos, estudiantes, profesionales, etc.) con el propósito único e invariable de trasladar el poder de los cuarteles hacia los elementos de la civilidad". Obsérvese que no otra es la finalidad que persigue la Oligarquía civil. En ese poder de "la civilidad" no entrarán los estudiantes, ni los obreros, ni otros sectores populares, sino los políticos oligarcas que dominarán más la situación con la separación de los Jefes de la Guardia. El discurso de la Federación termina así: "Panameño: Te exhortamos a que nos acompañes en esta lucha final, contra los poderes nefastos de la Oligarquía y el militarismo, que han atentado siempre contra las instituciones civiles de la República". Si bien el

primer párrafo reproducido podría ser suscrito sin reserva por la Oligarquía, en el último se repudia a ésta, conjuntamente con la casta militar. Adviértase pues, la desorientación de objetivos fundamentales. De toda suerte, el documento es de una innegable filiación insurreccional, revolucionaria, al menos en la intención y en las palabras.

A su turno, el Presidente de los estudiantes secundarios pronunció un violentísimo discurso de barricada, diciendo: "Hemos llegado al convencimiento de que existe una conjura infame de la Oligarquía económica y la Fuerza Pública..." "Mientras las horas pasan y los días se suceden, el corrompimiento que abochorna al ambiente nacional mantiene su asiento en Palacio a la sombra nefasta de la protección cuartelaria. No debemos cejar jamás la lucha contra los fusiles asalariados que comandan los Jefes de la Guardia Nacional, figuras que la historia registrará con desprecio y repudio, pues los cadáveres de los mártires exigen a grito Justicia". El tono insurreccional de este discurso es mucho más decidido; sin inconsistencias de ninguna clase, su meta es anti-oligárquica y anti-militarista por igual. Pero carece de planteamientos de orden práctico, que orienten tanto a los mismos estudiantes como al pueblo, en la militancia insurreccional a que el documento llama, por lo cual no pasa de ser la fiel expresión de la psicología adolescente, angustiada y rebelde, del estudiantado secundario.

En el lugar más lamenable, y hasta despreciable, ha quedado el pronunciamiento público del Presidente de la Unión de Estudiantes Universitarios. Es el peor de los documentos, incluso en su redacción, de visibles errores gramaticales sintácticos. Por un lado considera que "El 'Acuerdo de la Colina' representa solamente el alba de un amanecer glorioso de Octubre, en que el sol resplandeciente de la civilidad ahuyentará las nefastas sombras de castas ensobrecidas". Luego advierte que "ningún dirigente estudiantil su pena de traicionar los principios de la Unión de Estudiantes Universitarios, puede tomar la iniciativa en hechos de violencia y terrorismo, porque son oposición a los principios de la Unión, y si ello no fuera barrera suficiente es también acónsono con mis principios religiosos y mi profesión como educador". Y concluye sentenciando conque "la historia ha confirmado que el derecho de la pluma ha

superado a la fuerza de la espada". Es obvio que, como consecuencia de los cruentos sucesos de Mayo, no puede esperarse para Octubre "un amanecer glorioso", si el único instrumento de lucha se hace consistir en "el derecho de la pluma" a menos que esa gloria emerja como un milagro pedido en razón de "principios religiosos". Unicamente la pusilanimidad colectiva del Directorio Universitario, ha hecho posible la continuidad en el cargo de Presidente de los universitarios, de quien se dirige al país, recién enterrados los cadáveres de una docena de víctimas, con una posición tan desorientada, tan contradictoria, tan falsa, tan exhibicionista y tan demagógica. Lo que sucede es que nadie se quiere responsabilizar, como dirigente, ante la perspectiva riesgosa de situaciones difíciles. Y por ello funge de dirigente máximo universitario un Presidente tan descarriado como el que se retrata en los párrafos reproducidos.

Es notorio que existen serias discrepancias no liquidadas, entre los diferentes grupos directivos del estudiantado, y ello presagia que continuarán en la contradicción de hechos y reacciones que se produjo en Mayo último.

Mas lo peor es que la actitud psicológica insurreccional del estudiantado secundario, que al fin y al cabo arrastrará hasta a los temerosos dirigentes universitarios, no se orienta en el más mínimo grado, hacia las medidas prácticas elementales en materia de asonadas y luchas de calle, contra la Guardia Nacional. Y mucho menos se está tratando de asegurar la intervención de sectores populares y de clase media, en la próxima lucha de Octubre. Unos cuantos revólveres, cerros de piedras, algunas bombas caseras y actos terroristas, serán nuevamente los recursos de combate del estudiantado secundario, que lucharía como una turba. En estas condiciones, puede repetirse una segunda versión de los sucesos de Mayo, que es lo más probable.

Mas también puede acontecer que la situación de crisis y de caos se agudice hasta el máximo, y que los varios sectores políticos de la Oligarquía y la vanguardia política del Ejército Nacional hagan aflorar sus luchas intestinas, con resultados de forma y de personas imprevistas, que en lo esencial no alterarán ni la dominación política indisputada de la Oligarquía, ni e. papel, ya hege-

mónico, ya represivo, que desempeña la Guardia Nacional. Porque mientras no exista en Panamá un movimiento político revolucionario de férrea disciplina, de fuerte organización y de una consistente y definida ideología progresista, las protestas de las clases dominadas no pasarán de ser episodios espontáneos y dignos de la lucha de clases que en Panamá, como en muchos otros países del mundo, es el legado permanente del sistema capitalista. La premisa de ese avanzado nivel de evolución política y social la constituye el convencimiento de los elementos conscientes de la clase trabajadora y de la clase media, principalmente los jóvenes, en el sentido de que no debe posponerse por más tiempo la militancia política a base de una férrea disciplina, de una organización poderosamente estructurada y de una ideología verdaderamente progresista.

Panamá, Julio de 1958.

SEGUNDA PARTE

OCTUBRE: EL COLAPSO DEL MOVIMIENTO CAPITULO UNICO

Advertencia inicial.—Era obvia, en la primera parte de este documento, la opinión de que no existían las condiciones de elemento humano colectivo, ni de estado social, que propiciaran el suceso de una insurrección triunfante, y mucho menos el de una revolución en marcha. Pero ello no significaba que no se pudieran llevar las cosas a un resultado de éxito muy moderado, dejando a salvo cierta dosis de beligerancia más o menos elocuente, en el estudiantado. Sin embargo, el giro de los acontecimientos ocurridos de fines de septiembre a mediados de noviembre de 1958, en el escenario de la cuestión estudiantil, adoptó formas un tanto imprevistas, para culminar inesperadamente en el colapso infantil y lamentable del movimiento. Describimos a continuación la línea seguida por los hechos y el papel de cada grupo en los mismos, para completar la labor de análisis iniciada con respecto a las jornadas estudiantiles de 1958.

Actitudes y preparativos.—Los estudiantes secundarios continuaron en su actitud de exaltación verbal, acompañados por el reducido sector universitario que había entrado en alianza con ellos. Los periódicos estudiantiles y los artículos publicados por estudiantes secundarios, hablaban un lenguaje abiertamente insurreccional. Para ellos estaba próxima la hora del derrocamiento del Gobierno; la separación de los Comandantes de la Guardia Nacional, y la justicia para los muertos y heridos de Mayo. Sin embargo, nada práctico hacían; y nada menos que alentaban ideas exaltadas de revolución, de caída del Gobierno, etc.

Las dos corrientes políticas oligárquicas apartadas del Gobierno (La Resistencia Civil, que es una fracción del Partido Liberal; y el Movimiento de Liberación Nacional, encabezado por el Vice-

Presidente Temístocles Díaz), se aproximaron a los estudiantes rebeldes. Concertaron con ellos "planes revolucionarios"; acciones armadas; medidas de huelgas, etc. Hasta un grupito universitario que se hizo llamar Directorio Revolucionario Universitario suscribió un manifiesto grandilocuente y anti-oligárquico, redactado por uno de los intelectuales del Movimiento de Liberación Nacional. Todos estos grupos proyectaron la adquisición de armas. En Chiriquí, la Resistencia Civil prometió actuar con las armas en la mano, guardando contacto estrecho con estudiantes.

La Directiva oficial de la Unión de Universitarios, con el señor Arellano a la cabeza, permanecía estatática, cruzada de brazos, a pesar de que había prometido la llegada de "un amanecer glorioso de octubre".

A su turno, el Gobierno trataba de seguir la pista de los supuestos complotados y sus gestiones por adquirir armas, obedeciendo a un elemental principio de conservación. Conjeturamos, tal vez, legitimamente, que el Gobierno se vió presionado por la Guardia Nacional, para que no insistiera en las leyes relativas al Pacto de la Colina, si bien el Gobierno, tratando de prevenir la reacción estudiantil en su contra, declaraba en la prensa que el Pacto sería cumplido. Pero al fin y al cabo, el Gobierno se decidió a no tomar la iniciativa en el cumplimiento del Pacto, y a ponerle coto a las amenazas de políticos y estudiantes.

Desde el primer momento se advirtió el claro propósito del Ministro de Educación, Licenciado Carlos Sucre C., de desviar el problema que se planteaba para Octubre con tintes insurreccionales, hacia la ventilación de una querrela educativa, en la que se gastaron los brfos estudiantiles. Sucre adoptó una actitud de desafío, de provocación en contra de maestros, profesores y estudiantes.

Es de notarse, pues, que el movimiento estudiantil adoptó una actitud de revolucionarismo verbal, del brazo de políticos aventureros, bien conocidos por su trayectoria de auto-engaño y fraude al pueblo.

Armas y detenciones.—A fines de septiembre, el grupito estudiantil que se denominó Directorio Revolucionario Universitario,

fue detenido en trance infantilmente sospechoso al arribar a Divisa. Esos estudiantes llevaban unos tres revólveres, y quedaban arrestados indefinidamente.

También a fines de Septiembre, y debido a delación de un estudiante secundario detenido en David, fue capturada cierta cantidad menor de rifles, en la hacienda "Los Cerritos" de David Anquizola, a quien también detuvieron.

Se evidenciaban, de este modo, las andanzas de estudiantes secundarios con elementos políticos aventureros, que les prometían armas y cooperación en un movimiento revolucionario. Tanto estudiantes como políticos no pasaban de la actitud de falso revolucionarismo; y hasta cayeron en delaciones y acusaciones recíprocas, dando pruebas de mayúscula irresponsabilidad.

Los notables.—En el ambiente de tensión que prevalecía a fines de Septiembre, algunos oligarcas desafectos al Gobierno se procuraron los servicios del señor Justo Fabio Arosemena (quien funda alardes de patriotismo en el hecho de ser descendiente del político y escritor panameño del siglo pasado, Justo Arosemena), para que éste organizara una Junta de Notables, interventora o mediadora ante el caos que amenazaba. Los grandes diarios nacionales destacaron esta iniciativa, y el 29 de septiembre se reunía, por primera vez, esa Junta Patriótica.

La medida política de las Juntas de Notables constituye un expediente conocido, en el itinerario de las discordias que pueden afectar la cosa pública. Cuando la fracción gobernante de la Oligarquía comienza a perder la confianza de ésta, como clase, ciertos prohombres buscan una solución a la crisis gubernativa, para que la Oligarquía, a través de otra fracción, de otras personas, retenga el poder y éste no se le escape de las manos. Esta solución es la célebre Junta de Notables, de la que, en un momento caótico, puede resultar un gobierno "patriótico", con respaldo "nacional". Si la crisis no afecta la estabilidad del Gobierno, entonces la Junta se deshace sola, pasando a la historia como una mascarada. Así terminó la Junta de Justo Fabio Arosemena.

Sucre inicia su obra.—En los últimos días de septiembre, el Ministro de Educación, Carlos Sucre C., presentó un proyecto de Decreto-Ley, ante la Comisión Legislativa Permanente de la Asamblea, proyecto que decapitaba la Comisión del Escalafón, conquista del Magisterio y del Profesorado, y que introducía otras manifestaciones a la Ley Orgánica de Educación, para convertir los nombramientos del Ramo, en botín de las influencias politiqueras. Pocos días antes del 1o. de Octubre, al aprobarse la Reforma, los Maestros y Profesores decretaron un paro de 48 horas, en señal de protesta. al que se agregaron los estudiantes secundarios.

Se consumaba, por tanto, la intención perseguida por el Ministro Sucre, de desviar la cuestión anti-militarista que se enfilaba para Octubre, y de hacerla abortar como una reyerta entre el Ministerio de Educación, por un lado, y los estudiantes, maestros y profesores, por el otro, circunscribiendo la disputa a un problema burocrático de ventaja profesional para el magisterio y el profesorado.

Aunque la provocación del Ministro Sucre era muy clara en su finalidad, ni los profesores ni los estudiantes quisieron aceptar su obligación de enfocar el asunto con un mínimo de táctica, a pesar de que se trataba de algo obvio, y en vez de responder con alguna medida que fortaleciera sus posiciones, se lanzaron a la huelga, comenzando a desgastar energías y el propio recurso de la huelga, que en todo caso iba a ser el arma de mayor eficacia contra la Guardia Nacional.

Así comenzó el Ministro Sucre su labor de descoyuntar el movimiento estudiantil, prestándole un gran servicio a la Oligarquía, para la cual dicho movimiento es el único sector que le adversa con una limitada acción política. Sucre, abogado de la clase media, que en su juventud tuvo veleidades comunistas, empezaba a cumplir su triste papel de instrumento ideal de la Oligarquía, en contra de los sectores populares.

El sitio del Instituto.—El 30 de Septiembre, la Directiva de la Federación de Estudiantes, dominada por la tendencia de los estudiantes secundarios, declaró la huelga, optando por las consignas siguientes: desmilitarización de la Guardia Nacional, renuncia de

sus Comandantes, cumplimiento del Pacto de la Colina y revocación de las reformas legales de Sucre. Alegando que debían evitarse disturbios sangrientos, la Federación ordenó a los estudiantes secundarios que permanecieran en sus hogares. No obstante, un grupo de cien estudiantes secundarios, con sus aliados universitarios, se establecieron, día y noche, provistos de alimentos en el Instituto Nacional. En realidad, se trataba de la Directiva de la Federación, con el grupo mencionado.

Se advierte que esta táctica, aparentemente adecuada dentro de la idea de que grupos políticos desatarían una lucha armada, era totalmente contradictoria con la fuerza del movimiento estudiantil, que está en la acción que los miles de estudiantes secundarios pueden iniciar y seguir desde y dentro de sus escuelas. Dispersos y aislados en sus hogares, los estudiantes no constituyen ninguna fuerza, ni su huelga en tales condiciones es problema alguno.

Otro error en que se incurrió fue el de decretar la huelga, como si dijéramos, "en frío", pues la atmósfera de la opinión pública no estaba caldeada, y es claro que habría sido preferible que la huelga se produjera como culminación de un proceso de estremecimiento de la atención nacional.

Con la huelga coincidieron, desde el 30 de septiembre y el 1o. de Octubre, día de inauguración de sesiones de la Asamblea Nacional, algunos actos terroristas aislados, sin mayor repercusión. Personas desconocidas lanzaron algunos petardos en las noches de esos días, por las calles de la ciudad de Panamá.

Manteniéndose en su actitud divisionista y de traición, la Directiva de los universitarios, con el señor Arellano a la cabeza, condenó públicamente, por la prensa, la huelga secundaria decretada por la Federación. De lo que dieron cuenta los diarios del día 2 de Octubre. Con su comunicación anti-huelguista, la Directiva universitaria le hacía un enorme favor al Gobierno y a la Guardia Nacional, pues entregaba la huelga de sus propios compañeros al descrédito público y le restaba la fuerza de grupo del elemento universitario.

Comisiones de profesores y padres de familia, trataron de avenir al Ministro Sucre y a los huelguistas del Instituto Nacional, a

fin de que terminara la anómala situación, pero estos esfuerzos fracasaron todos, y aún el Ministro Sucre blandió amenazas contra el movimiento estudiantil, si no se ponía fin a la huelga.

Acción del Gobierno.—El escenario estaba preparado para que el Ministro Sucre diera remate a su obra de destrucción del movimiento estudiantil. Y a este escenario habían contribuido, con tonos muy oportunos, los mismos estudiantes, pues la Directiva de la Federación, como hemos visto, siguió una trayectoria desconcertante y torpe. Todavía el 4 de Octubre ni siquiera el Gobierno había dado el más mínimo indicio de que presentaría a la Asamblea el proyecto de ley sobre el Pacto de la Colina.

Ante la actitud de la Directiva estudiantil, que el Gobierno estimaba intransigente, las esferas gubernamentales optaron por ordenar el cierre de las escuelas secundarias, desalojar con la fuerza pública a los que se habían parapetado en el Instituto Nacional y declarar fuera de Ley a los organismos o asociaciones estudiantiles (o sea a la Federación y sus grupos en cada plantel). El 4 de octubre, en las últimas horas de la tarde, se firmó el célebre Decreto Sucre, y un pelotón de la Guardia rodeó el Instituto Nacional. Los estudiantes decidieron mantenerse intramuros, en tanto que el Gobierno se abstenía de desalojarlos por medios violentos, pero sin permitir el acceso al Instituto. Profesores y padres de familia fracasaron nuevamente al solicitarles a los estudiantes que abandonaran el plantel y evitaran situaciones cruentas.

El 6 de Octubre, con el título de Proyecto de Ley, el Gobierno llevó a la Asamblea Nacional los puntos acordados en el Pacto de la Colina, sobre la Guardia. Fueron dejados textualmente como estaban en el Pacto original, lo que revela la evasiva inicial de la Administración en cuanto a cumplir lealmente lo pactado, y su paso de última hora, aprovechando la posición recalcitrante de los sitia-dos, para que se planteara en la Asamblea la cuestión sobre la Guardia Nacional.

Algaradas en Noviembre.—Con motivo de las fiestas patrias, unos pequeños grupos de estudiantes descontentos trataron de romper el desfile de las delegaciones estudiantiles hacia la Presidencia

de la República. Inclusive, mofaron a la Guardia Nacional, cuando ésta marchaba el día 3. Ridículamente y en plan de turba, esos estudiantes retiraron las banderas nacionales puestas en las aceras de las calles, y organizaron una especie de paseo de banderas, ajeno a los actos oficiales. En las primeras horas de la tarde, en su exaltación inmotivada, urdieron una suerte de mitin en el Parque de Santa Ana. Estas algaradas trajeron algunas escaramuzas con unidades de la Guardia Nacional, a consecuencia de las cuales se hicieron varias detenciones.

En David, algunos institutores lograron deshacer el desfile de los planteles secundarios.

Entró en ejecución, entonces, el Decreto Sucre, en forma de medidas disciplinarias contra los principales directores estudiantiles. Del Liceo de Señoritas, de la Normal, del Instituto Nacional, del Artes y Oficios, fueron expulsados varios estudiantes, que en verdad eran los de mayor beligerancia. Y no hubo ninguna reacción de parte de la masa estudiantil. Sucre cerraba con broche de oro, admirablemente ayudado por la insensatez de los mismos estudiantes, su labor de destrucción del movimiento estudiantil, quién sabe por cuánto tiempo. En la historia de las luchas populares de Panamá, la figura del Ministro Sucre tendrá la categoría de funesto y sombrío enemigo capital de las clases pobres, por haberle puesto un dogal de muerte al movimiento estudiantil panameño.

La Ley del Pacto.—Era notorio que con el fracaso de la huelga, con el interdicto de la Federación, con las algaradas de Noviembre y con las expulsiones que les siguieron, la beligerancia del movimiento quedaba cancelada. El día 20 de Noviembre, sin la presencia de un solo estudiante secundario o universitario en actitud de protesta o de militancia, la Asamblea Nacional aprobó la Ley sobre medidas restrictivas en la Guardia, haciendo de ese instrumento legal un espejo de la cobardía y del servilismo de los oligarcas civiles, y de la potencia que continúa siendo la casta militar.

EPILOGO

Es conveniente que hagamos un breve balance final de las jornadas estudiantiles de 1958. En primer término, debe reconocerse el mérito de la Directiva Institutora, que sacó al movimiento estudiantil del marasmo en que vegetaba desde 1952. Condujeron bien la primera etapa del resurgimiento. Pero después fallaron en evitar que éste siguiera el cauce de una violencia innecesaria, negativa, perjudicial.

En segundo lugar, no debe olvidarse el arrojito estudiantil en la lucha de calle, que dió muerte al mito de que a la Guardia Nacional nadie le podía hacer frente.

Por último, hay que responsabilizar a las Directivas estudiantiles, por no haber sabido cuidar el movimiento que ellas mismas habían empezado a levantar. Después de un comienzo brillante, lo llevaron rápidamente, de insensatez en insensatez, a su frustración definitiva. Ahora mismo no hay sector alguno del pueblo panameño que aiente un mínimo de beligerancia anti-oligárquica. Los estudiantes de 1958 debieron dejar a las nuevas promociones del año siguiente, por lo menos una estructura estudiantil que pudiera continuar la lucha.

Ojalá que las vidas inmoladas de José Manuel Araúz,
de Rolando Jiménez,
de Miguel Batista,
de Luciano Paz,
de Oswald Campbell,
de Belarmina de León,
de Eduardo Oscar Girón,
de Manuel de Gracia,
y de Héctor Eloy Gómez Díaz,

hagan reflexionar hondamente a los líderes estudiantiles, de hoy, de mañana y de siempre, sobre la enorme responsabilidad que asumen al agitar consignas de protesta o rebeldía anti-oligárquica. A esa grave responsabilidad no se puede responder debidamente, sin la superación intelectual obtenida mediante una consagración ejemplar como estudiantes; sin la sensatez para la actuación lograda con el equilibrio mental y psicológico, y sin la abnegación en la lucha garantizada por la férrea voluntad de dedicarse a la militancia por las reivindicaciones del pueblo panameño.

IV

LA REBELION DE TUTE

(FRACASO DE UN INTENTO REVOLUCIONARIO)

“El verdadero revolucionario, el verdadero líder proletario se hace en el fuego de la lucha de clases y en la asimilación de la doctrina del marxismo-leninismo.

“No es suficiente tener un temperamento de revolucionario; es necesario también saber manejar el armá de la teoría revolucionaria.

“No es suficiente conocer la teoría; uno debe forjarse un carácter férreo, con inflexibilidad de militante.

“No es suficiente saber lo que se necesita hacer; es necesario además tener el coraje de realizarlo.

“Es necesario estar siempre listo a hacer, a cualquier precio, todo lo que verdaderamente puede servir a la clase trabajadora.

“Es necesario ser capaz de subordinar toda la vida privada a los intereses de la clase trabajadora”.

JORGE DIMITROF.

EXPLICACION INTRODUCTORIA

La penuria económica de los sectores mayoritarios de población, en las ciudades y en los campos panameños; el desastre social que azota todos los estratos humanos del país; la insolución de graves problemas nacionales; la ineptitud gubernamental de la Oligarquía criolla que en posesión de grandes fuerzas económicas, políticas y sociales mantiene su hegemonía de clase dominante, forman los elementos claves en la presente etapa crítica de la historia panameña. Esos mismos elementos se confabulan como determinantes de una compleja situación, en la que no extrañan brotes insurreccionales armados como el que tuvo por escenario al Cerro Tute, en las montañas de la Provincia de Veraguas. La compleja situación indicada ha comenzado a destacar individuos y grupos que, impelidos más o menos inconscientemente por el motor de la lucha de clases, tratarán de llevar adelante la revolución panameña, que habrá de orientarse hacia la superación de la miseria física y espiritual de que es víctima la mayoría de los habitantes del Istmo.

Pero a esta meta de la revolución panameña jamás podrá llegarse, sin un enfoque científico de la realidad política nacional, y sin un planeamiento adecuado de la acción revolucionaria. Lo que explica la inevitable necesidad de estudiar a fondo el conato revolucionario puesto en marcha por el denominado MOVIMIENTO DE ACCION REVOLUCIONARIA (MAR) en Cerro Tute, estudio que debe significar un aporte valioso al enfoque político y al planeamiento revolucionario mencionados.

Nos veremos obligados a ciertas referencias a la expedición mercenaria preparada por Roberto E. Arias, alias Tito, ya que se produjo coetáneamente a los hechos de las montañas veragüenses, y dentro de la situación general que propició ambas tentativas fracasadas. Pero se comprende que, pese a la mayor amenaza que para el Gobierno oligárquico de turno constituyó la aventura de mercenarios,

nuestro interés principal se dirigirá al análisis de la insurrección de Tute, por su innegable y sincera intención revolucionaria.

Y más que el hecho en sí de la Rebelión de Tute, importa examinar las causas de su fracaso, para capitalizar su experiencia de errores y omisiones, experiencia que no debe ser olvidada por quienes abriguen propósitos de militancia política revolucionaria en Panamá. Por lo mismo, hemos considerado conveniente dedicar un capítulo separado al problema de la perspectiva que hoy se ofrece a la revolución panameña, como complemento oportuno a la revisión de las causas del fracaso de los revolucionarios de Tute, a fin de tratar el tema de esa perspectiva con la indispensable amplitud, puesto que él rebasa los límites estrictos del brote revolucionario que ha dado origen a este estudio.

También debemos advertir al lector de que la gravedad general implícita en hechos políticos que causan muertos, heridos, exilados y perseguidos, nos obliga a plantear las cosas sin concesiones de ninguna clase, si la misma objetividad del análisis no fuera causa suficiente para ello. Esta objetividad nos impide hacer causa común con los demagogos, con los exaltados y con los inconscientes, quienes yerran, condenando unos, y elogiando otros, sin someter ya su condena, ya su elogio, al más mínimo examen. Y si la tragedia de algunas familias panameñas nos mueve a respetar profundamente su dolor, ello no es obstáculo para que analicemos en su significado social esa tragedia, con las ideas y con las palabras que por exactitud científica corresponde usar.

Panamá, Mayo de 1959 (1)

- (1) Al revisar este trabajo para su edición, el cual fue redactado en la fecha indicada, pensamos que bien podía adicionarse con algunas notas, puestas al pie de aquellos juicios que habían

sido confirmados por las noticias y las situaciones especiales de que ahora disponemos con respecto a la Rebelión de Tute. Sin embargo, finalmente hemos estimado que esas notas resultan innecesarias para el lector inteligente, porque éste advertirá, de manera fácil, las tesis que han sido ratificadas por hechos públicos y notorios, cuya mayor o menor importancia en la política panameña no tiene por qué ser exageradamente subrayada.

CAPITULO PRIMERO

GENESIS Y FILIACION DEL MAR

Cómo nació el MAR.—El giro insurreccional que inesperada y espontáneamente adquirió el movimiento estudiantil secundario, en el año de 1958, incluso en su etapa última de colapso, a fines de ese año, dejó en no pocos estudiantes panameños un fermento revolucionario que, unido al triunfo espectacular de Fidel Castro, en la guerra civil cubana, actuó como hilo conductor y galvanizador de difusas intenciones de darle una solución revolucionaria a la cuestión política panameña.

A mediados de Febrero de 1959, la desfachatez y el cinismo de la mayoría de los Concejales del Distrito de Panamá, levantaron una acusación pública de peculado, por parte de dos grupos que quisieron saltar a la palestra: el de Radio Mía, jefaturado por el demagogo oportunista Ramón Pereira, y el del periódico La Nación, en donde convergieron estudiantes secundarios y universitarios, atraídos por la oportunidad de denuncias anti-gubernamentales en que se especializó dicho diario, siendo notorio que estos jóvenes actuaban como fuerza de choque del MOVIMIENTO DE LIBERACION NACIONAL. Ambos grupos se mancomunaron al calor de la consigna de arrojar del Concejo a los ediles ladrones, y con la complicidad del Gobierno y de la Guardia Nacional, se apoderaron del edificio del Concejo Municipal, durante tres días, al cabo de los cuales el Gobierno pasando por encima de fórmulas legales poco previsoras, designó nuevos Concejales, para reemplazar a quienes la opinión pública había repudiado. El movimiento aludido se revistió de resonancia de masas, y en las noches de esos tres días, los líderes de tales grupos lograron mantener una multitud de diez mil personas en el Parque Catedral, en actitud de protesta contra los Concejales cínicos. Hubo un momento en que la tardanza del Gobierno Nacional en reemplazar a los Concejales rechazados, operó como agente precipitador

de las discrepancias internas de los dos grupos mencionados, pues los estudiantes y militantes políticos que seguían la tendencia de las soluciones revolucionarias desde las páginas de La Nación, abiertamente demandaron la conversión del movimiento en una lucha insurreccional anti-oligárquica, para barrer de la faz del escenario político a los hombres que estaban en el Poder. Por su parte, el grupo de Radio Mía, una vez designados por el Gobierno los nuevos Concejales, estimó prudente dar por cumplidos los propósitos de la lucha, restándole sobre todo su apoyo propagandístico radial al movimiento.

Enardecidos por la respuesta emocional de sectores populares; enardecidos por la solución gubernamental dada al rechazo de los concejales "canalizados"; enardecidos por la maniobra de Ramón Pereira y los Moncada Luna, los del grupo de La Nación, comandados por Padilla Béliz, Alvaro Menéndez Franco, Floyd Britton, etc., decidieron denunciar públicamente, en el Parque de Santa Ana, a "los traidores" de la comentada lucha, y públicamente, hicieron fe de alentar inmediatos propósitos revolucionarios, por las reivindicaciones sociales de las masas panameñas, con el nombre de MOVIMIENTO DE ACCION REVOLUCIONARIA (MAR). A causa de la actitud de protesta de las masas de la ciudad capital, el Comité de Rescate Municipal se vió reforzado con varias personas de algún prestigio público, como el Licenciado Guillermo Márquez Briceno, y al estímulo de los signos exteriores de la reciente guerra civil cubana, decidieron lanzarse a la acción política que ellos calificaban de revolucionaria.

Definición ideológica fallida.—En "La Nación" del 5 de marzo de 1959, el MAR publicó un Manifiesto, llamando al pueblo para que se aglutinara bajo la consigna de "Depuración y Reforma". Muy poco se diferenciaba dicho Manifiesto de los documentos que en los últimos años han editado todos los grupos políticos que esgrimieron objetivos progresistas. Por ejemplo, muy poco se diferenciaba, en esencia, del Manifiesto del Partido Frente Patriótico (1950), y coincidía con éste en la consigna central de conjugar en "tierra, trabajo, vivienda, salud y educación", los anhelos de los sectores populares de Panamá. Con una redacción imprecisa, a veces, explica ese llamamiento público que "por ser el MAR una organización re-

volucionaria, todos sus propósitos son **reformistas**", y pese a que el MAR se autocalifica cuatro veces, en su documento, de "organización revolucionaria"; y pese a que utiliza en otras cinco ocasiones el concepto "revolución", como sinónimo de la posición política del MAR, no intenta siquiera definir lo que sería "la revolución en Panamá", pues no se puede aceptar como ensayo de definición la sentencia que se refiere a "la revolución entendida como transformación de la estructura gubernamental", porque esta tesis no sería más que una concepción formalista de la revolución, que de tal manera quedaría convertida en un simple cambio del andamiaje gubernativo, labor que aún ciertos gobiernos oligárquicos han propuesto como programa máximo.

Resulta indudable que un grupo de "acción revolucionaria", que en su profesión de fe pública no concreta su idea sobre la "revolución", falla lamentablemente, porque o no tiene una orientación precisa sobre ésta, o considera preferible no exponerla, y en cualquiera de los dos casos, esa "acción revolucionaria" queda sin brújula para su propia militancia, y aún para la militancia de masas, que trate de encauzar. Y si el documento termina, como en el caso del MAR, "invocando la protección de Dios", ello es diáfana prueba de la obscuridad teórica con que se conciben los métodos revolucionarios, cuando éstos no pueden evitar inspirarse en la Divinidad, como si la revolución fuera cosa de milagros.

Si se intentara reducir a su más nítida expresión ideológica el Manifiesto, tendríamos que catalogarlo como dominado por una mentalidad reformista gubernativa, ya que en sus últimas frases, el MAR se obliga a "velar por la probidad administrativa, por la honradez en el manejo de los fondos públicos (ya está dicho en el principio de probidad) y a respetar la voluntad popular del sufragio", finalidades que no tienen ningún carácter revolucionario.

En tales condiciones, la doctrina oficial del grupo no podía tener virtualidad alguna como elemento de cohesión revolucionario de sus miembros, y en la práctica, cada cual actuaría según sus propias ideas, o según su propia vaciedad ideológica.

Diagnóstico erróneo.—Si en materia de ideología el MOVIMIENTO DE ACCION REVOLUCIONARIA no pisaba terreno firme, en

cuanto al diagnóstico que hacía de la realidad política panameña tampoco acertaba. Al principio del documento se alude a “la crisis que abate todos los cimientos de la estructura institucional de la Nación”; luego se agrega que “el anhelo del pueblo panameño es un cambio fundamental en el gobierno”; que “la Patria Nueva es una necesidad imperiosa, la ciudadanía la pide a gritos”; que “estamos frente a un gobierno deshecho en sus cimientos estructurales”; que la Coalición Patriótica Nacional, como partido de gobierno es “una masa de escombros sostenidos en difícil trance por las circunstancias y por ciertas armas de los cuarteles de la Avenida “A”; y que “el maremagnum es único y el país anda a la deriva”.

De haber sido real el panorama que se trazaba con tan caóticas perspectivas, no se habría presentado como tarea imposible, para un grupo revolucionario, el hacerse cargo del poder, cuando los sectores mayoritarios daban tantas muestras de repudio al régimen oligárquico, y cuando éste se desmoronaba solo, por sus vicios conocidos y ocultos.

Luego veremos que este planteamiento era equivocado en su base, porque la correlación de fuerzas sociales no permitía hacerse ilusiones sobre la quiebra de los grupos dominantes, ni sobre la militancia de las masas populares.

Actitud frente a la Guardia Nacional.—“El MAR está —según se lee en el Manifiesto— contra aquellos jefes de la Guardia Nacional que intentan continuar en sus posiciones”; “el MAR no desea enfrentarse a las tropas de la Guardia Nacional (subrayado por los autores de este estudio), porque considera que sus integrantes son hombres humildes del pueblo panameño que devengan sueldos de hambre, en comparación a los ingresos de sus dirigentes”; “el MAR estima en alto grado al guardia panameño”; “pero considera que el guardia no debe seguir siendo el trampolín de apetitos inconfesables”.

En el fondo de las expresiones reproducidas, está la tesis de que los jefes de la Guardia Nacional son aliados y sostenedores de la Oligarquía, en tanto que la tropa pertenece a la clase pobre y sufre los problemas de ésta; la tesis de que la lucha anti-militarista no debe ver en el guardia corriente un enemigo, sino un instru-

mento ciego, a quien hay que explicarle qué intereses defiende al obedecer las órdenes de sus superiores. Esta clarificación es correcta, porque se funda en la realidad de las clases sociales. Pero nosotros nos preguntamos por la oportunidad de su planteamiento, en vísperas de una acción armada, de parte del grupo revolucionario, sabiendo éste que sería la tropa de la Guardia Nacional la que se enfrentaría al MAR, dado que esa tropa no ha dejado de pensar, ni de actuar, a través de los mandatos jerárquicos de sus Comandantes y Jefes.

Indudablemente que el MAR, a la altura de la redacción de su Manifiesto, no pensaba en acciones inmediatas de guerra, pues de otro modo no se alcanza a comprender cómo hace énfasis en que “no, desea enfrentarse a las tropas de la Guardia Nacional” y en que “estima en alto grado al guardia panameño”, pues la inminente rebelión armada llevaba a este grupo precisamente a enfrentarse a la tropa, a chocar con ella, dejando un saldo de muertos y heridos, que con toda seguridad no se limitaría al bando revolucionario.

Comienza el mimetismo.—En el movimiento de rescate municipal que se suscitó a mediados de Febrero, se hicieron presentes algunas muestras de imitación de signos externos de la última revolución cubana, y el MAR continuó con esta servidumbre exhibicionista, al aparecer el grupo en una fotografía que publicó el diario “La Hora”, en su entrega del 13 de marzo, en la que figuran sus miembros uniformados con camisas pardas y pantalón kaki, amén del brazaletes con la sigla MAR, anudado al brazo izquierdo.

La popularidad que el derrumbe del dictador cubano Fulgencio Batista dió a la Sierra Maestra y a los colores y símbolos del Movimiento 26 de Julio, iba a seducir a nuestros noveles revolucionarios del MAR, quienes debieron comprender que la repetición mecánica de hechos exteriores no equivale a poner en marcha ni las mismas tácticas, ni los mismos recursos que en otros medios y otras circunstancias hubieran probado su eficacia militar.

CAPITULO SEGUNDO

A LA ACCION REVOLUCIONARIA

Reyería oligárquica.—La Oligarquía panameña, como sucede con cualquier otra clase social, no es un grupo absolutamente homogéneo. Tiene sus fracciones, con diferentes y particulares intereses económicos cada una, aunque identificadas en el propósito común general de explotación de los medios productivos y explotación de las demás clases sociales de Panamá. Debido a ello, las fracciones oligárquicas entran en pugna con respecto a la captura y mantenimiento del poder, y en dicha pugna, a causa de su condición de sectores sociales dominantes, logran arrastrar al grueso de las demás clases, que les están sometidas.

El día de la elección de Ernesto de la Guardia Jr., como Presidente de la República, él se paseaba por las calles de la ciudad de Panamá en el automóvil de Gilberto Arias, la eminencia gris de la familia de Harmodio Arias, quien hace años ingresó a la Oligarquía al impulso de su unión conyugal y de su prosperidad económica, fortalecidas después con el ejercicio del poder (fue Diputado en 1925 y Presidente de la República de 1932 a 1936, usando el slogan de "candidato de los pobres"). Harmodio Arias y sus hijos siempre fueron influyentes en las esferas gubernamentales de los últimos tres años, al punto de que Gilberto Arias fue designado Ministro de Hacienda y Tesoro, desempeñando el cargo más o menos entre 1957 y 1958, y su hermano Roberto Arias, en la misma época, actuó de Embajador panameño en Londres. Pero los intereses económicos de los Arias chocaron con los intereses económicos de la familia Guardia. En ambas familias hay abogados de alto coturno que se disputan la representación de empresas capitalistas nacionales y extranjeras, en diversos negociados; ambas familias tienen imprentas, periódicos y emisoras de radio, que las hacen competidores directos entre sí. Ante su impotencia para dominar ciertas decisiones del

gobierno desde el Ministerio de Hacienda y Tesoro, los Arias, aún reteniendo esa posición, presionaban al Presidente de la Guardia Jr. con fuertes críticas, desde las páginas de los diarios "Panamá-América" y "La Hora", por lo que el Presidente de la República, invocando el principio de lealtad, forzó la salida de Gilberto Arias, de aquel Ministerio. Se inició así la disputa intestina oligárquica que costaría algunas vidas jóvenes y días de zozobra para todo el país.

A los Arias se sumaron algunos otros miembros de la Oligarquía, descontentos por el lugar secundario en que habían quedado dentro de los cuadros políticos de la Coalición Patriótica Nacional. Nos referimos a los Diputados Aquilino Boyd y Alfredo Alemán Jr., el primero de los cuales había sido Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Ernesto de la Guardia Jr., hasta mediados de 1958.

Gilberto Arias, Aquilino Boyd y Alfredo Alemán Jr., tres jóvenes oligarcas disfrazados demagógicamente de líderes políticos opositoristas, se amalgamaron en el engañoso empeño de inscribir un "tercer partido", cortina de humo tras la cual fraguaban, por todos los medios a su alcance, el derrocamiento de Ernesto de la Guardia Jr. Con una exigencia legal de 22.000 adherentes inscritos para la formación de un partido político, ellos jamás pensaron seriamente en su "tercer partido". Pero esta farsa les permitía movilizarse por todo el país y conspirar a diestra y siniestra.

Plan de revuelta armada.—Por sus connivencias con capitalistas internacionales, como Onasis, John Wayne, etc., Roberto Arias (hijo también de Harmodio Arias, como lo hemos dicho), estaba en capacidad de interesarlos económicamente en una invasión bélica para apoderarse del Gobierno de Panamá, como primer paso hacia posteriores negociados pingües, al amparo del Gobierno. Como Embajador panameño en Londres, Roberto Arias le había prestado servicios valiosos a Fidel Castro, Jefe de la revolución cubana, y esta relación le permitió a aquél toda una serie de entronques útiles.

Mientras tanto, los diarios de la familia Arias, y otros periódicos que aparecían bajo su influencia ("Crítica" y "La Nación"), recrudescieron una campaña de descrédito público en contra del Gobierno coalicionista, usando un tono francamente subversivo.

En medio de estas circunstancias, muy pocas personas sabían que Roberto Arias era el eje práctico de una conspiración armada, que utilizaría elementos políticos adversos al régimen en Panamá, y que se apoyaría principalmente en expediciones montadas en el extranjero, para invadir el país por el Atlántico y el Pacífico. El propio Roberto Arias, hizo tratos con estudiantes universitarios y secundarios, así como con individuos aventureros de la política panameña, y posiblemente con el grupo denominado Movimiento de Liberación Nacional, que es jefaturado por Temístocles Díaz Q., Primer Vice-Presidente de la República, y quien constitucionalmente es el sucesor de Ernesto de la Guardia Jr. En Cuba, Rubén Miró, vinculado al asesinato del Presidente José A. Remón, primo hermano de Roberto Arias, y otros panameños, como los estudiantes Andrés Cantillo (Secretario General de la Federación Estudiantil) y Enrique Morales, organizaban un fuerte contingente de veteranos de la guerra civil cubana, para que ocuparan a sangre y fuego el país. Internacionalmente, también se preparaban las cosas, mediante el contrabando de poderoso y numeroso armamento. Y todo esto se hacía con la intervención y los dineros entregados por Roberto Arias.

Por encima de los nombres personales, estamos frente al hecho de una discordia interna de la Oligarquía, pues meses antes de estos preparativos de revuelta armada, la familia Arias y la familia de la Guardia se daban la mano en los Consejos de Gabinete del Gobierno, exprimiendo en su provecho todo lo que les podía dar la explotación del pueblo panameño y el usufructo del poder público.

Los rebeldes en Cerro Tute.—La primera noticia sobre las actividades bélicas de un grupo de rebeldes, provino de la población veraguense de San Francisco. Los diarios de la capital informaron que en la noche del 3 de Abril de 1959, cerca de 20 hombres habían llegado en varios automóviles a San Francisco, recogiendo por la fuerza algunos rifles y municiones que tenía en su tienda el señor Saturnino Arrocha, después de lo cual se internaron en dirección de las motañas de la cordillera, no sin haber dado antes varios vivas a "la revolución", con la consiguiente alarma del pacífico pueblo. Antes de llegar a Santa Fé, los revolucionarios abandonaron sus automóviles y se encaminaron hacia Cerro Tute.

Rápidamente la Guardia Nacional envió un destacamento a perseguir a los atacantes de la tienda de Arrocha, destacamento que llegó a Santa Fé el sábado 4 de Abril, en la tarde, y el domingo 5 la Guardia Nacional detenía a Euribiades Medina, estudiante universitario, que estaba en San Francisco, y quien de pocas ganas les había servido de guía a los rebeldes. Medina suministró los primeros datos exactos sobre la identidad de aquéllos, explicando que los dirigentes pertenecían al MAR (Padilla Béliz, Menéndez Franco, los hermanos Pinzón, Blanco, etc.), si bien el propio MAR había hecho circular por la ciudad de Panamá, en la noche del sábado 4 de Abril, un llamamiento a la **lucha armada contra la Oligarquía**, impreso en una hojita suelta. En las primeras horas de la mañana del lunes 6 de abril, unidades de avanzada de la Guardia Nacional hicieron contacto con los rebeldes en las estribaciones del Cerro Tute, y a consecuencia del fuego cayeron muertos dos rebeldes: Rodrigo Pinzón y Eduardo S. Blanco. Hubo dos miembros de la Guardia heridos: Omar Torrijos y Jorge Andrade. Todo indica que como resultado de este primer encuentro, los rebeldes se dividieron y dispersaron, pues ya estaban sufriendo los rigores del frío y del hambre.

Hasta el jueves 9, en las últimas horas de la tarde, no se registró otro encuentro armado. Cerca del puesto de mando en Cuay, los jóvenes Rogelio Girón (quien estaba desesperado por los efectos del hambre) y Domingo García fueron sorprendidos por el fuego de ametralladora que disparó el Sargento López, desde lo alto de un árbol, siendo dicho guardia herido, al disparar su fusil Polidoro Pinzón, quien acompañaba a los que intentando rendirse, desprevénidamente caminaban en tal momento hacia la muerte.

Así se confirmó la dispersión y huida de los rebeldes, pues días después algunos de ellos fueron capturados aisladamente por la Guardia Nacional, con señales visibles de hambre, agotamiento, malestares de salud, etc., suponiéndose que los principales dirigentes se acercaban a los pueblos para ocultarse y escapar a la Guardia.

Otros brotes de rebeldía.—Al iniciarse la segunda década de Abril, grupos de individuos armados se rebelaron en Boquete, Provincia de Chiriquí, y en Salud, Provincia de Colón, pero sin mayores

consecuencias, porque la misma Guardia Nacional no les hizo frente con prontitud, sino que se limitó a observar sus andanzas, que no fueron muy lejos.

Se anuncia la invasión.—En las horas de la noche del día 15 de Abril, cuando ya se había apagado el eco de la rebelión de Tute, el Gobierno panameño denunció, ante los demás Gobiernos americanos, el plan de invadir a Panamá con fuerzas expedicionarias cubanas, concertadas por panameños en Cuba.

Los diarios de Harmodio Arias ridiculizaron el denuncia formal, alegando que no se trataba de una "invasión", sino de una "invención" del asustado Gobierno.

Maniobra electoral.—Para suavizar las tensiones existentes en la opinión pública, el partido oficialista, denominado Coalición Patriótica Nacional, decidió convocar la Asamblea Nacional a sesiones extraordinarias, con el fin de aprobar una drástica reforma a la Ley de elecciones, consistente en la rebaja de la cuota de adherentes a los nuevos partidos políticos, cuota que de 22,000 inscripciones se redujo a 5.000. Y desde el día 16 de abril se anunció oficialmente la convocatoria respectiva, que debería tener lugar entre los días 23 y 30 de Abril.

Desembarco en Santa Clara.—Los acontecimientos relativos a la revuelta armada que fraguaban los Arias, continuaban desarrollándose. En la noche del domingo 19 de Abril, un grupo de personas, encabezadas por Roberto Arias y en el que iban algunos miembros del MAR como Floyd Britton, desembarcó en la playa de Santa Clara, en el Golfo de Panamá, con buena cantidad de armamento. Avisada la Guardia Nacional, desde el sábado 18, de esas andanzas, trató de interceptar a los que transportaban esas armas ya en tierra, y en ese encuentro con los de dicho grupo, resultó muerto el cubano Joaquín Baquero, residente en Panamá desde varios años atrás.

Nada se supo después, de estos elementos, sobre todo de Roberto Arias; pero es casi seguro que se hubieran ocultado en algún sector de la Provincia de Coclé, en donde la familia Arias tiene grandes latifundios. Hasta la esposa de Roberto Arias, la bailarina londinense Margot Fonteyn, quien por estos días acompañaba a

Arias, fue detenida al llegar a la ciudad de Panamá, después de sus correrías marinas en el Golto, a bordo de un yate, en asocio de su consorte, por lo que el Gobierno panameño la invitó a abandonar el país.

Empiezan los asilos.—El día 22 de Abril, los Comandantes rebeldes de Tute, Jaime Padilla Béliz y Samuel Gutiérrez, que subrepticiamente habían llegado desde días antes a la Capital, solicitaron asilo diplomático en la Embajada de Chile, e inmediatamente viajaron a ese país. El viernes 24 de Abril, Roberto Arias se asiló en la Embajada de Brasil, y allí se encuentra, porque el Gobierno panameño no ha contestado la solicitud de salvoconducto. El 28 de Abril, Alvaro Menéndez Franco viajó a México, después de asilarse el día anterior en la Embajada de este último país. Polidoro Pinzón, Eliseo Alvarez, Chandeck y Urieta, elementos revolucionarios de Tute, así como Floyd Britton, también se asilaron en esos días, y viajaron al ostracismo.

Ocurre la invasión.—En la mañana del sábado 25 de Abril, un grupo de cerca de 100 expedicionarios cubanos, acompañados por 4 ó 5 panameños, desembarcó desde la nave "Mayari", en San Blas, costa del Atlántico panameño. Marcharon en dirección a Colón, y se detuvieron en Nombre de Dios. En el desembarco murió accidentalmente el estudiante Enrique Morales, hijo del Presidente de la Corte Suprema de Justicia de Panamá, quien pereció ahogado, al desembarcar, quedando esta fuerza sin jefe conspicuo oriundo del Istmo.

Prontamente el Gobierno panameño solicitó la mediación de la OEA (léase Estados Unidos de Norteamérica), para obtener la rendición de los llamados mercenarios cubanos, y el propio Gobierno norteamericano suministró armas al de Panamá, con el fin de que pudiera repeler la invasión. Entre tanto, una comisión de la OEA y dos capitanes barbudos de Fidel Castro, se ingeniaban para lograr la rendición de los cubanos estacionados en Nombre de Dios. El jefe de éstos, el aventurero César Vega, fue traído a la Zona del Canal, cerca de la ciudad de Panamá, posiblemente a conferenciar por teléfono con Raúl Castro, lo que ocurrió en las horas de la madrugada del viernes 10. de Mayo.

Fue notorio que los cubanos se abstuvieron de iniciar operaciones bélicas, tal vez debido a que se percataron de que las cosas en Panamá eran muy diferentes a como se las habían pintado, con engaños, los panameños que estaban en Cuba y que los alistaron para invadir el Istmo. Se rindieron incondicionalmente, y aguardan su juicio tras las rejas de la Cárcel Modelo.

Por su parte, la Guardia Nacional tomó posiciones de combate, cerca de Nombre de Dios, pero no disparó un solo tiro, porque sus Jefes y el Gobierno ultimaron todos los recursos para obtener la rendición, evitando así que la Guardia Nacional entrara en combate, y sobrevinieran, sobre todo internamente en ella, problemas serios, que difícilmente hubieran podido ser conjurados.

Y aún el Gobierno pudo cohesionar toda la burguesía nacional en su apoyo, pues utilizó la demagogia de la patriotería, para elevar una gran alharaca alrededor de los "mercenarios extranjeros que habían hollado el suelo patrio". Se abrieron risibles inscripciones públicas para formar milicias populares que se enfrentarían a los cubanos. Las encabezaban prohombres de la burguesía, atemorizados al ver en peligro sus propiedades y sus negocios, que ellos sintetizan en el vocablo "patria". Pero el grueso del pueblo se mostró indiferente a la euforia patriotera, intuyendo que se trataba de una reyerta oligárquica, entre familias que hasta meses atrás, se dividían los gajes del poder público. en muy buenos términos.

La actitud estudiantil.—Consideración aparte merece la posición estudiantil en esta crisis de las diferencias intestinas de la Oligarquía. Las jornadas estudiantiles de 1958, con su ominoso saldo de muertos y limitadas persecuciones, a más de algún fermento revolucionario, dejaron también una cuota de amargo resentimiento en los círculos dirigentes del estudiantado. De ahí que un núcleo de estudiantes se sumara al M.A.R. De ahí que igualmente hicieran más fuertes sus entronques con la familia Arias, sobre todo en los días de Marzo y Abril de 1959, cuando el clan Arias fraguaba su revuelta. Por lo demás, algunos estudiantes cubanos que pasaron en Panamá, como exilados, los últimos meses de la dictadura de Fulgencio Batista, le brindaron apoyo y ayuda al movimiento estudiantil panameño, una vez abatida esa dictadura, lo que explica el viaje de

Andrés Cantillo, Secretario General de la Federación de Estudiantes de Panamá a La Habana, días antes de la insurrección de Tute, coincidiendo su presencia con los preparativos y ejecutoria de la invasión de cubanos, que incluyó varias unidades del movimiento armado estudiantil de Cuba.

La única actividad bélica del sector estudiantil la protagonizó el grupo terrorista denominado "Movimiento Revolucionario Juvenil 22 de Mayo", que con la colocación de algunas bombas de fabricación casera trataba de mantener la intranquilidad y la zozobra en la ciudadanía, lo que no tuvo ninguna consecuencia importante, a no ser para los miembros del grupo, que ahora están sindicados de terrorismo, y detenidos algunos.

La conducta del estudiantado universitario y secundario, ante la rebelión de Tute y los acontecimientos siguientes, confirman rotundamente que el llamado movimiento estudiantil no es, sociológica y políticamente, un movimiento, sino un grupo de presión que tiene algunas manifestaciones de masa, cuando las escuelas están funcionando. Los círculos directivos del estudiantado se limitaron a responsabilizar al Gobierno, por los hechos acaecidos. Pero en ningún momento hubo la idea de realizar alguna acción práctica, a más de que esos círculos no disponían de masa estudiantil para llevarla a efecto. En los dos números de "Voz Universitaria", periódico oficial de los estudiantes universitarios, editados los días 11 y 15 de Abril, no hay planteamientos adecuados, sino expresión de un falso revolucionarismo. En uno de los Editoriales respectivos se lee que "la generación de Mayo, ante tan oprobiosa realidad y burlado el diálogo cívico con el incumplimiento del Pacto de la Colina inicia la acción revolucionaria que transformará definitivamente (subrayado nuestro) la estructura social, política y económica de la comunidad panameña". Además, ambos periódicos se dolieron en buena extensión de sus páginas principales, de la muerte de Blanco, Pinzón, Girón y García, considerándola como "vil asesinato".

No era extraño que los círculos dirigentes del estudiantado, desprovistos de visual política y de una ideología clarificadora, hicieran gala, por una parte, de su resentimiento por las víctimas estudiantiles que nuevamente cobraban el Gobierno y la Guardia Nacional,